

GARCÍA DE LA HUERTA, VICENTE (1734-1787)

*RAQUEL*

ÍNDICE:

LOA PARA LA TRAGEDIA DE RAQUEL  
INTRODUCCIÓN PARA LA TRAGEDIA ESPAÑOLA INTITULADA RAQUEL  
ARGUMENTO  
JORNADA PRIMERA  
JORNADA SEGUNDA  
JORNADA TERCERA

PERSONAJES:

ALFONSO OCTAVO, Rey de Castilla.  
RAQUEL, Judía.  
RUBÉN, Confidente de Raquel.  
HERNÁN GARCÍA DE CASTRO.  
Ricos hombres.  
ALVAR FÁÑEZ.  
GARCERÁN MANRIQUE DE LARA.  
CASTELLANOS.  
GUARDIA DEL REY.  
Acompañamiento de judíos y judías.

LOA

(Para la Tragedia de Raquel)

(Orán, 1772)

Ilustre Mauritania cesariense,  
de heroicos hechos bélico teatro,  
donde ha representado la fortuna  
al mundo los sucesos más extraños,

y más ilustre ya desde que goza  
por Numen Tutelar al grande Carlos,  
aquel cuyos cruzados estandartes

asombro son del bárbaro Africano;

(Cuántas aclamaciones este día,  
por ser vuestro natal, oh, Rey amado,  
os previniera, si de vuestro elogio  
pudiese contemplar digno mi labio

Mas tiempo llegará que convertido  
en sonante Epopeya el triste canto  
el Mundo os reverencie por mis versos  
y por vuestra virtud, de Héroes dechado).

Hermosas Damas, Auditorio noble,  
y vos, generosísimo Alvarado,  
si digno Nieto, imitador heroico  
de tanto Campeón Americano;

Pues si aquellos con ánimo invencible  
en aquel nuevo Mundo sujetaron  
Reyes e Imperios, vos aquí igualmente  
domáis Montes, rendís altos peñascos,

Padrón que erige eterno a vuestro nombre  
el celo vuestro contra quien en vano  
combatirán los tiros de la envidia  
y el poderoso impulso de los años,

Pues nada bastará para que deje  
el remoto Orinoco de admiraros  
Estadista sutil, Guerrero Italia,  
África y Portugal segundo Mario;

Escuchad de Melpómene Hespáñola  
los trágicos acentos, y entretanto  
suspenderéis del público gobierno  
el afán laborioso y el cuidado.

El suceso de amor más infelice  
Raquel os representa, su quebranto  
atentos escuchad, que si esto logra,  
basta vuestra atención para su aplauso.

## INTRODUCCIÓN

para la tragedia española intitulada Raquel

En su primera representación en la Corte, año 1778.

Madrid ilustre, cuyo noble seno  
a España, al orbe siempre ha producido  
admiración y envidia en tantos héroes,  
cuantos numera generosos hijos;

Gloria, que califican los insignes  
fastos, que han conservado y transmitido  
blasones y virtudes de Gudieles,  
Vargas, Lujanes, Dámasos e Isidros:

Hermosas Damas, de este firmamento  
luz y esplendor, de cuyos dulces brillos  
aprenden lucimiento las eternas,  
claras antorchas de los Astros fijos:

Órdenes todas del feliz estado,  
que fuera enorme agravio distingueros  
cuando os iguala la suprema dicha  
de ser de tan gran Rey vasallos dignos,

de Carlos, del Cristiano Atlante, ilustre  
dechado de Monarcas, cuyos píos  
paternales afectos serán pasmo  
al prolijo proceso de los siglos;

Hoy a escuchar los trágicos acentos  
de Española Melpómene os convido,  
no disfrazada en peregrinos modos,  
pues desdeña extranjeros atavíos;

Vestida sin ropajes Castellanos,  
severa sencillez y austero estilo,  
altas ideas, nobles pensamientos,  
que inspira el clima donde habéis nacido.

Escuchad de Raquel la desventura  
copiada mal en los afectos míos,  
si bien llenos de obsequio y rendimiento  
y de un constante empeño de serviros.

Prestad oído grato a sus quebrantos.  
¿Mas qué teme? ¿qué duda el conseguirlo,  
siendo hermosa, y vosotros Españoles,

infeliz, y vosotros compasivos?

### *Argumento*

Pues el Rey don Alonso ovo passados todos estos trabajos en el comienzo quando reynó, e fue casado, fuese para Toledo con su muger Doña Leonor; e estando y, pagóse mucho de una Judía que avie nombre Ferosa, e olvidó la muger, e encerróse con ella gran tiempo en guisa que non se podie partir de ella por ninguna manera, nin se pagaba tanto de cosa ninguna; e estuvo encerrado con ella poco menos de siete años, que non se menbraba de sí nin de su Reyno nin de otra cosa ninguna. Estonce ovieron su acuerdo los omes buenos del Reyno cómo pusiesen algún recaudo en aquel fecho tan malo, e tan desaguisado; e acordaron que la matasen, e que así cobrarién a su Señor, que tenién por perdido: e con este acuerdo fuéronse para allá, e entraron al Rey diciendo que querían fabrar con él; e mientras los unos fabraron con el Rey, entraron otros donde estaba aquella Judía en muy nobles estrados e degolláronla.

– (Crónica General, part. 4., fol. 387., col.2.)

### PERSONAS

ALFONSO OCTAVO, Rey de  
Castilla.

RAQUEL, Judía.

RUBÉN, Confidente de Raquel.

HERNÁN GARCÍA DE CASTRO.

Ricos hombres.

ALVAR FÁÑEZ.

GARCERÁN MANRIQUE DE LARA.

CASTELLANOS.

GUARDIA DEL REY.

Acompañamiento de judíos y judías.

Plebs ferro me saeva petit, pereoque libenter  
Carnificis docta sic mage pulcra manu.

«... Tu amor es mi delito;  
La plebe quien le juzga y le condena.»

### JORNADA PRIMERA

En el antiguo Alcázar de Toledo, salón común de audiencia, con silla y dosel real en su fondo.

(Salen GARCERÁN MANRIQUE y HERNÁN GARCÍA.)

GARCERÁN MANRIQUE

Toda júbilo es hoy la gran Toledo:  
el popular aplauso y alegría  
unidos al magnífico aparato  
las victorias de Alfonso solemnizan.  
Hoy se cumplen diez años que triunfante  
le vio volver el Tajo a sus orillas,  
después de haber las del Jordán bañado  
con la Persiana sangre y con la Egipcia,  
segundo Godofredo, cuya espada  
de celestial impulso dirigida,  
al cuello amenazó del Saladino,  
tirano pertinaz de Palestina,  
cuando el poder, y esfuerzo Castellano  
cobró en Jerusalén la joya rica  
del Sepulcro de Cristo, con desdoro  
del Francés Lusiñán antes perdida;  
y hoy también hace siete, que postrado  
el orgullo feroz de la Morisma,  
le aclamaron las Navas de Tolosa  
por sus proezas Marte de Castilla,  
y ofreciendo los bárbaros pendones  
por tapetes del Templo de María,  
perpetuó de la hazaña la memoria  
con la celebridad hoy repetida.  
En confuso tropel el Pueblo corre  
por volver a su Monarca, que este día  
dejándose gozar de sus Vasallos,  
hacer mayor la fiesta determina.  
La Corte toda al Templo le ha seguido;  
y pues que nuestra falta conocida  
no podrá ser en tanta concurrencia,  
esperemos en estas galerías  
a que vuelva; si quiere honrar el lado  
de Garcerán Manrique Hernán García.

HERNÁN GARCÍA

Sí, Garcerán; agradecido admito  
tu cortés expresión; mas no repitas  
memorias, que o del todo están borradas,

o tan notablemente oscurecidas.  
Esperemos, sí, a ver con indolencia,  
que en tan enorme subversión prosiga  
el desorden del Reino y su abandono,  
del intruso poder la tiranía,  
el trastorno del público gobierno,  
nuestra deshonra, el lujo, la avaricia,  
y todo vicio en fin, que todo vicio  
en la torpe Raquel se encierra y cifra:  
en ese basilisco, que de Alfonso  
adormeció el sentido con su vista,  
tanto, que sólo son sus desaciertos  
equívocas señales de su vida.  
Siete años hace que el Octavo Alfonso  
volvió a Toledo en triunfos y alegrías,  
y esos hace también que en vil cadena  
trocó el verde Laurel que le ceñía.  
¿Pues cómo, cuando dices sus hazañas,  
Garcerán, no repites la ignominia  
con que hace tanto tiempo que en sus lazos  
enredado le tiene una Judía?  
¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,  
la esclavitud ignominiosa olvidas  
de la Plebe infeliz sacrificada  
de esa Ramera vil a la codicia?  
¿Cómo de la Nobleza y de sus fueros  
omites el ultraje y la mancilla?  
Reina es Raquel: su gusto, su capricho,  
una seña no más, es ley precisa  
del Noble y del Plebeyo venerada.  
Estas hazañas añadir debías  
a la Historia de Alfonso, si te precias  
de ser, oh Garcerán, su Coronista.

#### MANRIQUE

Permíteme admirar el que así olvides  
la obligación, Hernando, de la antigua  
nobleza de tu sangre. Los leales  
jamás acciones de su Rey critican,  
aun cuando el desacierto los disculpe.  
Los Reyes dados son por la divina  
mano del cielo; son sus decisiones  
Leyes inviolables, y acredita  
su lealtad el vasallo, obedeciendo.  
Quien sus obras censura, quien aspira  
a corregir sus yerros, el derecho

usurpa de los cielos, y aun vendría  
a ser audacia atroz...

GARCÍA

Cuando se aparta  
de lo que es justo el Rey, cuando declina  
del decoro que debe a su persona,  
lealtad será advertirle, no osadía.  
En el excelso Trono es donde debe  
resplandecer más tersa la justicia,  
y un Rey con sus acciones mayor cuenta  
debe tener; que el vicio que sería  
apenas conocido en las Cabañas,  
si en los Palacios reina, escandaliza.

MANRIQUE

El que profiera quejas...

GARCÍA

No me quejo  
de Alfonso yo; lamento la desdicha  
de este Reino infeliz, presa y despojo  
de una infame mujer prostituida;  
del Rey el ciego encanto, las prisiones  
con que esta torpe Hebrea le esclaviza;  
la soberbia, el orgullo, el despotismo,  
con que triunfa del Reino cada día.  
La primera persona de la Corte  
es Raquel; a su obsequio se dedican  
los grandes y pequeños, que presumen  
ser las bajezas puertas de la dicha.  
¿Quién, Garcerán, no teme, aunque su ilustre  
nacimiento y conducta le distingan,  
caer en su desgracia? De su arbitrio  
penden honor, hacienda, fama y vida;  
agotados del Reino los tesoros  
tiene su profusión; su altanería,  
por sumisión, adoración pretende;  
besarla el pie, doblarla la rodilla,  
el medio de medrar es en la Corte.  
¿Y esto los Ricos Hombres de Castilla  
deben sufrir? ¿Es esto ser leales?  
Esto no es lealtad, es villanía.

MANRIQUE

Conozco tu razón; veo que Alfonso

hacia su perdición se precipita;  
de Raquel la injusticia considero;  
pero Alfonso es mi Rey; Raquel me obliga  
con beneficios; fiel y agradecido  
debo ser a los dos; que ofendería,  
si obrara de otro modo, mi nobleza.  
Mas Raquel sale.

GARCÍA  
¡Qué desvanecida  
la tiene su privanza y su fortuna!

MANRIQUE  
¡Qué belleza tan grave y peregrina!

GARCÍA  
¡Y qué bien entre Godos capacetes  
parecen, Garcerán, tocas Judías!

(Salen RAQUEL, RUBÉN y acompañamiento de JUDÍOS y JUDÍAS.)

RAQUEL  
¡Oh Garcerán!

MANRIQUE  
En hora buena salga  
a dar esmalte nuevo al claro día  
la aurora de Toledo. Tantos siglos  
goces esa beldad, Raquel divina,  
cuantas arenas de oro el rico Tajo  
revuelve en sus corrientes cristalinas.

GARCÍA  
¡Qué torpe adulación!

RAQUEL  
Tanto agradezco,  
Manrique, tu atención, cuanto me admira  
ver que los Ricos Hombres desamparen  
de Alfonso el lado en tan notable día,  
y ociosos en las cuadras de Palacio  
asistan, cuando fuera más bien vista  
la asistencia a su Rey, en los que tanto  
se precian de leales.

GARCÍA

¡Qué osadía!

MANRIQUE

Yo... Raquel... Mi respeto...

GARCÍA

(A MANRIQUE.)

Su respeto

los Nobles a su Rey sólo dedican.

(A RAQUEL.)

Cuando Alfonso en las Navas de Tolosa

esgrimió contra Alarbes la cuchilla;

o cuando los Persianos escuadrones

en los campos domó de Palestina,

entonces le seguí, sin que a su lado

faltase mi persona noche y día.

Mas ahora, que en fiestas se entretiene,

que no hay fieros contrarios que le embistan,

y que guerras de amor sólo sustenta,

no ha menester, Raquel, mi compañía.

Tropas de aduladores le acompañen

de tantos que alimenta la codicia,

mientras viva en su Corte; que en campaña

siempre el primero fue Fernán García.

RAQUEL

¡Qué presunción tan fiera! Tus razones

bien la aspereza bárbara acreditan

de tu rústica cuna, y tu crianza.

Lo inculto de los Montes de Castilla

no llevan fruto menos desabrido

que tu barbaridad y grosería.

Patria de fieras y de atrevimientos

han sido siempre: bien lo califica

la avilantez con que de Alfonso el nombre

ha insultado tu voz. Y si se fía

en su piedad el grave desafuero

con que a él te atreves, advertir debías,

que aunque piadoso, es Rey; que de su arbitrio

dependen las fortunas y las vidas,

y no están muy seguras las del necio

que no teme a Raquel por su enemiga

GARCÍA

¡Qué vanas amenazas! Los vasallos

que como yo su lealtad confirman

con tantas pruebas; que su sangre illustre  
en defensa de Alfonso desperdician;  
aquellos que en sangrientos caracteres  
de heridas por su nombre recibidas  
llevan la ejecutoria de sus hechos  
sobre el noble papel del pecho escrita,  
ni temen amenazas, ni calumnias,  
por más que les combata la malicia.  
Pero a ti, a quien estéril de esos montes  
el terreno parece, es bien que diga  
(para que de un error te desengañes),  
que a estas montañas que desacreditas,  
la libertad de España se les debe;  
que en el Alarbe yugo gemiría  
por ventura hasta hoy, si su aspereza  
no hubiese producido esclarecidas  
almas, que con valor y atrevimiento  
sacudiesen del cuello la ignominia.  
Y no cansado su feraz terreno  
espíritus produce todavía,  
que el vicio y la maldad abominando,  
poderla derribar al fin confían  
del supremo lugar, del alto asiento  
que tan indignamente tiraniza. (Vase.)

RAQUEL

¿Que esto sufra?, ¿que siendo yo de Alfonso  
dueño absoluto (acábenme mis iras)  
a ultrajarme se atreva así Fernando?  
¿Visteis tal libertad?, ¿tal osadía?  
¿De qué el poder me sirve si a mis plantas  
no ofrece el labio, la cerviz no humilla?  
Pero hoy verá Toledo con asombro  
castigadas sus locas demasías.  
¡Oh, cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo  
de ver sus altiveces abatidas  
impaciente me tiene. Tú, Manrique,  
advierte luego a Alfonso.

MANRIQUE

Si te obliga  
con esto mi obediencia, ya te sirvo. (Vase.)

RAQUEL

Rubén, ¿soy yo Raquel? ¿Soy quien solía  
en el alma de Alfonso y en su Corte

ser adorada en vez de obedecida?  
¿Soy quien las riendas del gobierno tiene  
en sus manos?, ¿quien premia y quien castiga?  
Sácame ya, Rubén, de tanta duda;  
que al verme así ultrajada y ofendida,  
mi poder y mi suerte desconozco,  
y pienso que no soy la que solía.

RUBÉN

No al enojo la rienda, Raquel bella,  
sueltes así. De Hernando la osadía  
honras con tu pesar. Yo te he criado;  
por mi astucia, Raquel, y mi doctrina  
te has dirigido en toda tu privanza,  
desde el día feliz en que rendida  
al imperio quedó de tu hermosura  
de Alfonso Octavo la soberanía.  
Que acertados han sido mis consejos,  
sus felices efectos acreditan.  
Esta verdad supuesta, ¿la venganza  
no está en tu mano? ¿Pues por qué fatigas  
tu corazón con tales sentimientos?  
Muera Fernando, muera quien irrita  
a Raquel; y si el Reino se le atreve,  
libre de su rigor no quede vida.  
Pero sea, Raquel, con disimulo:  
no armes con la amenaza la malicia;  
sientan el golpe los que te ofendieren,  
primero que el amago de tus iras.  
Alfonso cuanto pides te concede:  
su corazón, su Cetro y Monarquía  
riges a tu albedrío. Pues si tanto  
te puedes prometer, ¿en qué vacilas?  
Muera Fernando, el Pueblo, la Nobleza,  
y si te ofende, abrásese Castilla.

RAQUEL

Abrásese Castilla y muera Hernando;  
sí, Rubén: ¿Mas tan graves demasías  
no deberán sentirse?

RUBÉN

No lo niego,  
mas deberán hallarte prevenida.  
Siempre al favor persiguen enemigos,  
que es la privanza madre de la envidia.

Los Ricos Hombres tienes agraviados;  
pues los honores que a ellos se debían,  
por tu mano se dan a los Hebreos.  
Si los ofendes tú, ¿qué maravilla  
es que se quejen ellos? Mas ya el ruido  
manifiesta que Alfonso se avecina.  
Ya llega.

RAQUEL

Ahora de mi justo enojo  
tendré satisfacción: verá García  
si se ofende a Raquel impunemente,  
y si es bien temerario quien la irrita.

(Salen ALFONSO, MANRIQUE, ALVAR FÁÑEZ y acompañamiento.)

ALFONSO

Aplíquese al desorden el remedio,  
Alvar Fáñez, si da lugar la ira  
al discurso.

RAQUEL

(De rodillas.) Admitid, amado Alfonso,  
un alma...

ALFONSO

(Apartándola.) Raquel, calla; no prosigas;  
no cuando el corazón en iras arde  
ahogues las venganzas que fulmina.  
Segunda Troya al fuego de mi enojo  
ha de ser hoy Toledo. ¿Quién creería  
tan audaz desacato? ¿Se ha olvidado  
Castilla de que Alfonso la domina?  
¿Sabe que aquesta espada, aqueste brazo  
es segur de la Parca contra vidas  
de traidores? y que... Pero, ¿qué dudo?  
Lugar no quede, puesto no se omita  
sin examen; procúrese el aleve  
autor de aquella voz tan atrevida,  
tan indigna de pechos Castellanos;  
los cómplices se busquen que la animan;  
que a mi poder protesto, y a los Cielos,  
que el grave desacato escandaliza,  
que ha de ser mi venganza y su castigo  
asombro de Toledo y de Castilla.  
Parte tú, Garcerán; los sediciosos

asegura si puedes o averigua,  
que ha de ver hoy España y todo el orbe  
si Alfonso Octavo de quien es se olvida.

MANRIQUE

No quedará lugar que no se inquiete  
en busca del traidor. (Vase.)

ALVAR FÁÑEZ

Tan conmovida  
está Toledo, que será difícil  
poderla sosegar.

ALFONSO

Pues mientras rija  
este brazo el acero victorioso,  
rayo que intentos bárbaros derriba,  
tiemble Castilla, España, Europa, el Orbe  
de Alfonso la venganza.

RAQUEL

Sumergida  
estoy en confusiones.

ALFONSO

Tú, Alvar Fáñez,  
sígueme.

RAQUEL

(Deteniéndole.) ¿Así, Alfonso, de mi vista  
sin oírme te apartas? ¿En qué culpa  
ha incurrido mi amor? ¿Tú te retiras  
de mí, grave y severo? ¿Qué mudanzas  
son aquéstras, Señor?

ALFONSO

Nada me digas;  
aquesto es ser Alfonso desdichado,  
y Raquel la ocasión de sus desdichas.  
(Vase con el acompañamiento.)

RAQUEL

¡Ay de mí!, ¿qué he escuchado? Tú, Alvar Fáñez,  
explícame este arcano.

ALVAR FÁÑEZ

Pues te avisan  
que eres tú la ocasión de tantos males,  
la respuesta te puedes dar tú misma.

RAQUEL

(A RUBÉN.) ¿Estoy despierta, o sueño por ventura?

RUBÉN

No sé, Raquel; la misma duda agita  
mi discurso y razón, imaginando  
que es cuanto he visto sueño o fantasía.

RAQUEL

¿Qué especie de dolor tan inhumano  
es éste, oh corazón, que por primicias  
de los males y sustos que me aguardan,  
me ofrece la tirana suerte mía?  
¿Quién de tanto favor se prometiera  
tan no esperada, tan mortal caída?  
¿Y quién hecha, fortuna, a tus halagos  
pudiera recelarse tal desdicha?  
Alfonso me aborrece; sus desvíos  
de mis temores la verdad confirman;  
¿pues cómo podrá ser ya venturosa  
la que se ve de Alfonso aborrecida?  
¿Qué necio quien se fía de la suerte,  
sin advertir que el tiempo y que los días,  
que Ciudades destruyen y edificios,  
favores y privanzas aniquilan!  
¿Qué causa puede haber, amado Alfonso,  
para tanto desvío? ¿Mis caricias  
en qué te han ofendido, que por premio  
sólo odio y desagrado se concilian?  
Mas ¡ay de mí!, que en vano me desvelo  
en buscar la ocasión de mis fatigas;  
pues la suerte que empieza a perseguirme,  
por doblarme el dolor, querrá encubrirla.

RUBÉN

¿Así, Raquel, tu corazón desmaya  
en tan fuerte ocasión, donde es precisa  
la constancia mayor? En los principios  
si un mal, aunque sea leve, se descuida,  
fuerzas del abandono va cobrando,  
que el remedio después inutilizan.  
Reciente es este mal; aún se está a tiempo

de poderle acudir; quien averigua  
la causa de un dolor, con más acierto  
aplicarle podrá la medicina.  
Inquiérase, Raquel, de esta desgracia  
la ocasión; que después de conocida,  
si no cede a remedios ordinarios,  
buscará los extremos mi malicia.

RAQUEL

Bien, Rubén, me aconsejas; ¿en qué dudas?,  
al yugo vuelva la cerviz altiva  
segunda vez Alfonso; el fin se logre,  
y el medio sea cualquiera, que tú elijas.  
Lícito es cuanto sea conveniente:  
propia moral de la venganza mía.  
(Ruido dentro.)  
Mas ¡ay de mí! ¿Qué estrépito confuso  
oírse deja? Al alma pronostica  
el corazón, latiendo apresurado,  
algún cercano mal.

RUBÉN

Ya más distintas  
se perciben las voces: nunca pruebas  
mayores dio de sí la cobardía,  
que al escuchar rumor tan temeroso.  
(Voz dentro.)  
¡Muera Raquel, para que Alfonso viva!

RAQUEL

No es delirio: verdad es la que toco;  
¿y esto sufre mi enojo?, ¿esto mis iras?  
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,  
que si mi sangre a derramar conspiras,  
verás que a costa de la tuya sabe  
defender y guardar Raquel su vida.  
Mas ¡ay de mí, infeliz!, ¿a dónde corro  
sin consejo, oh Rubén? ¿Ya se averiguan  
las causas del enojo y del desvío  
de Alfonso? ¿Quién lo duda? Hernán García  
el pueblo ha sublevado. ¿Qué consejo  
me das, Rubén?

RUBÉN

Ceder a la desdicha. (Vase.)

RAQUEL

¿Tú también me abandonas?

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Si procuras

la vida conservar, que aquí peligra,  
huye, Raquel; en la vecina torre  
de este Alcázar te salva; conmovida  
está toda Toledo en daño tuyo;  
huye del riesgo, el mal presente evita.

RAQUEL

¡Ay de mí!, ¿que es posible lo que escucho?

¿Que hicieses mutación tan repentina,  
engañosa deidad, que la que un tiempo  
tanto elevaste, así la precipitas?

Mas si es fuerza ceder a la fortuna,  
huyamos ya, Raquel; de asilo sirvan  
hoy a tus desventuras esas torres  
que fueron el teatro de tus dichas. (Vase.)

MANRIQUE

Ya se fue. El alboroto va creciendo;  
pero ya el Rey...

(Salen ALFONSO, ALVAR FÁÑEZ y acompañamiento.)

ALFONSO

(Apresurado.) ¿Manrique...?

MANRIQUE

¿Quién podría  
persuadirse, Señor, tal desacato?  
El Pueblo, como el ruido lo publica,  
el Alcázar rodea: en grave riesgo  
está vuestra persona; la atrevida  
voz que se oyó en el Templo esta mañana,  
el vulgo alborotado abanderiza;  
y cuando yo pensaba contenerle,  
como mandaste, vi de Hernán García,  
el intento feroz acaudillando,  
la acción acalorada, y en la grito  
era el primero a quien se le escuchaba:  
«Muera Raquel, para que Alfonso viva».

ALFONSO

¿Qué es esto? ¿Pudo Hernando (es increíble)  
cometer tan infame bastardía?  
¿Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas  
de su fidelidad, ahora conspira  
contra mí? ¿Aquel Hernando...?

MANRIQUE

El disimulo  
más culpable, señor, y más indigna  
hace toda traición.

ALVAR FÁÑEZ

No así motejes,  
si otra prueba no tienes más precisa,  
de Hernando el proceder.

MANRIQUE

¿Tú le disculpas?

ALVAR FÁÑEZ

Yo de un noble jamás alevosías  
me persuado, y el crédito suspendo  
en caso igual a la evidencia misma.

ALFONSO

Pues yo por alevoso le declaro:  
quien tropas de traidores acaudilla,  
quien a su Rey se atreve, no merece  
otro nombre, otro trato, otra divisa.  
Mas si es traidor Hernando, su garganta  
el filo probará de mi cuchilla,  
contra alientos y espíritus alevos  
centella de las nubes desprendida.  
Hernando muera, mueran los traidores  
que me ofenden con él, y...

(Sale GARCÍA.)

GARCÍA

(Arrodillándose.) Bien fulminas  
contra mí esta sentencia. Hernando muera;  
en su sangre se embote la hoja limpia  
de tu acero; pues siendo en tu desgracia  
no apetece vivir Hernán García.

ALFONSO  
¿Cómo traidor?

GARCÍA  
(Poniéndose en pie.) Injustamente, Alfonso,  
ese nombre me das; y pues te olvidas  
de mi fe y lealtad, que bien debieras  
tener con tantas pruebas conocidas,  
escúchame, y suspende por un breve  
momento los enojos que te incitan:  
conocerás tu engaño y la calumnia,  
con que a mi honor se atreve infame envidia.

ALFONSO  
¿Qué disculpa has de hallar que abonar pueda  
tu exceso, tu traición y tu osadía?

GARCÍA  
Sabrás, si me escuchas.

ALFONSO  
Pues empieza;  
aunque por este instante para oírla,  
sin olvidar tu ofensa, mis enojos,  
mi indignación y mi furor reprima.

GARCÍA  
Esa voz, que de escándalo y desorden  
el viento puebla, oh noble Alfonso Octavo,  
Monarca de Castilla, quien por siglos  
cuenta el tiempo feliz de tu Reinado;  
esa voz, que en el Templo originada  
profanó del lugar los fueros santos,  
y de la Majestad los privilegios  
tan injuriosamente ha vulnerado  
si el fin, si los intentos se examinan,  
y el celo que la anima contemplamos,  
aliento es del amor más encendido,  
voz del afecto más acrisolado.  
Voz es de tus Vasallos, que de serlo  
testimonio jamás dieron más claro  
que cuando más traidores te parecen,  
que cuando los estás más infamando.  
Estos, porque tu error se desvanezca,  
los mismos son que en tus primeros años,

cuando para el recobro de tus Reinos  
Marte armó de valor tu tierno brazo,  
por tu amor derramaron de sus venas  
la hidalga sangre; los que acompañando  
el cruzado pendón en Palestina,  
Rey de Jerusalén te coronaron.  
Estos los mismos son que al Luso altivo,  
el bravo Aragonés con el Navarro,  
fieros usurpadores de tus tierras,  
echaron con baldón de tus estados;  
los que postrando el Leonés orgullo  
en Palencia y Simancas, desterraron  
de Fernando el dominio o tiranía,  
que vínculos de sangre pretextando,  
se arrogó tu tutela, cuando fuiste  
pupilo en nombre, en realidad esclavo.  
Aquellos son, cuyas gloriosas armas  
de Tolosa en las Navas, y en Alarcos,  
terror y afrenta tantas veces fueron  
de inmensos escuadrones de Africanos.  
Estos, Alfonso, son los que te hablan  
por mi boca: los mismos que postrados  
a tus pies el remedio solicitan  
de extremos males, de insufribles daños.  
Cuán grandes éstos sean, bien parece  
que no hay necesidad de recordarlo,  
cuando para notarlos y advertirlos,  
cada rostro te muestra su retrato.  
Repara en tus Vasallos: sus semblantes  
te pintarán con infelices rasgos  
la triste situación en que se hallan  
sus altivos espíritus gallardos.  
¿Pero cómo han de estar sino marchitos  
campos a quienes niega el Sol sus rayos,  
jardines que descuida el jardinero,  
flor que no riega diligente mano?  
Los campos del imperio de Castilla,  
del valeroso Alfonso abandonados,  
sólo espinas producen y venenos,  
que ofenden y atosigan sus vasallos.  
Raquel... Permite, Alfonso, que la nombre,  
y si te pareciere desacato  
que quejas de Raquel se te repitan,  
pague mi cuello culpas de mi labio.  
Raquel (vuelvo a decir) no solamente  
el Reino tiraniza Castellano,

no sólo de los Ricos Hombres triunfa,  
no sólo el Pueblo tiene esclavizado,  
no sólo ensalza viles Idumeos,  
no sólo menoscaba tus erarios,  
no sólo con tributos nos aqueja,  
sino que (lo que es más), de Alfonso Octavo  
el alma y los sentidos de tal suerte  
domina y avasalla, que postrado  
obscuramente yace en su ignominia,  
siendo mofa de propios y de extraños.  
Ya no conquista Alfonso; ya no vence;  
ya no es Alfonso Rey: aprisionado  
le tiene entre sus brazos una Hebrea;  
¿pues cómo ha de ser Rey el que es esclavo?  
¿Estos los timbres son de tus victorias?  
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?  
¿De este modo coronas tus hazañas?  
¿Para esto de la fama al metal claro  
diste gloriosa voz con tus proezas?  
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo  
venciste Reyes, conquistaste Imperios?  
Sí: para que Raquel atropellando  
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,  
tus timbres adquiridos y heredados,  
obscureciese, Alfonso, tu memoria,  
deshonrase tu nombre y tu reinado.  
Si sólo el fin los hechos califica,  
¿qué sirven los principios acertados,  
cuando son desaciertos los extremos?  
¿Que importa, Alfonso, que en tus tiernos años  
llenases con tu nombre todo el orbe,  
si es ignominia ya lo que fue aplauso?  
Recuerda pues de tan pesado sueño,  
y sacudiendo ese infeliz letargo,  
oye de tus Vasallos los clamores,  
si algún sentido perdonó el encanto.  
Advierte el deshonor que te resulta  
de comercio tan torpe, y los estragos  
que va causando en los cristianos pechos  
de vil Hebreo el peligroso trato.  
Ésta es la voz del pueblo que te adora  
de su misma pasión arrebatado.  
No disculpar pretendo la osadía;  
los medios culpo, cuando el fin alabo.  
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:  
yo lo digo, y pudiera confirmarlo,

si mi verdad necesitase pruebas,  
algún adulator, que está escuchando.  
Por contener la furia impetuosa  
que en mí se compromete, yo me encargo  
de exponerte las quejas y motivos  
que ocasionan el bárbaro atentado.  
Éste el suceso ha sido, ésta mi culpa:  
ni me arrepiento ni la acción retracto.  
Mas si acaso te ofenden estas quejas,  
y el enojo y pasión te ciegan tanto,  
que a castigar te incitan por delitos  
las pruebas del amor más acendrado,  
esgrime ya los filos de tu acero  
contra mi cuello fiel, que está esperando  
(Arrodillándose.)  
darte de mi lealtad el testimonio  
postrero con la sangre confirmado.

ALFONSO

¡Qué secreta violencia y poderío  
encierra la verdad, oh cielo santo,  
que cuando van a fulminar mis iras  
venganzas y castigos, cuando el brazo  
va a ejecutar el golpe de su enojo,  
queda al oírla inmóvil y pasmado!  
(Alzando a GARCÍA.)  
Mas ¡ay de mí!, que tanta fuerza tiene  
la virtud. Ya su imperio soberano  
en tus voces, Fernando, reconozco,  
y adoro sus preceptos en tus labios.  
¿Soy yo Alfonso? ¿Soy Rey? ¿Soy de Castilla  
el invicto caudillo, y quien le ha dado  
tantas victorias? Ya mi error conozco;  
ya advierto mi pasión, veo mi engaño,  
y ya, oh divina luz, con tus reflejos  
todo el horror descubro de este encanto.  
Ya el letargo detesto en que he vivido;  
ya, nobles y leales Castellanos,  
sobre sí vuelve Alfonso a los avisos  
que a sus errores vuestro amor ha dado.  
Hoy veréis que, si el escándalo del Reino  
ha sido su abandono tantos años,  
la enmienda que medita, a borrar basta  
del yerro la memoria y el retrato.  
Salga Raquel del Reino; los Hebreos  
salgan también con ella desterrados;

que ni quiero delicias, ni riquezas,  
si en perjuicio han de ser de mis vasallos.  
Tú, Fernando, del pueblo conmovido  
sosiega el alboroto; y tú, entre tanto,  
Alvar Fáñez, dispón que del destierro  
se formalicen el Decreto y Bando.  
Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces  
supo triunfar de ejércitos contrarios,  
y añada a sus vasallos esta prueba  
del amor que les tiene Alfonso Octavo.

GARCÍA

(Arrodillándose.)

Permíteme, que el labio humilde imprima  
en tu planta real.

ALVAR FÁÑEZ

(Arrodillándose.)

Deja que dando  
muestras de gratitud, mi gozo explique.

ALFONSO

No os detengáis, que el pecho atormentado  
está en la dilación.

ALVAR FÁÑEZ

Ya te obedezco. (Vase.)

GARCÍA

A ejecutar, Alfonso, tus mandatos  
parto veloz. A tu benigno imperio  
erigirá Castilla simulacros. (Vase.)

ALFONSO

¿Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa?  
Pero, ¿qué dudo? Parte apresurado;  
busca al punto a Raquel; di que la espero.

MANRIQUE

Lo haré como mandáis. (Vase.)

ALFONSO

Tiranos astros,  
¿dónde llega el rigor de vuestro influjo?  
¿Esta pena, este golpe reservado  
me teníais? ¿Alfonso de sus fieles

Castellanos con tanto desacato  
requerido? ¿No es éste atrevimiento?  
No: que la pretensión es justa, y cuando  
con razón pide el súbdito, no ofende;  
que de culpa le absuelve y atentado  
lo justo de la instancia. ¡Qué congojas,  
qué pasiones y afectos tan contrarios  
atormentan al alma! ¿Que es posible  
que a su Reino motivo Alfonso ha dado  
para que a su decoro se le atreva?  
Mas ¡oh cuán neciamente que lo extraño!  
¿No se ha olvidado Alfonso de sí mismo?  
Pues ¿qué mucho es le olviden sus vasallos?  
¿Pero Raquel no sirve a mi locura  
de disculpa? ¿El dulcísimo milagro  
de su beldad...? ¡Oh suerte rigurosa!,  
¡con cuánta confusión lidio y batallo!  
¿Pero no soy Alfonso? ¿De Castilla  
el Monarca no soy? Ceda al sagrado  
ser de la Majestad un vil afecto.  
Las débiles pasiones de lo humano  
a la vista del solio desaparezcan.  
Deshaga de mi juicio los nublados  
la luz de la razón, que va despierta  
del letargo mortal de tantos años.  
Pero aquí Raquel sale.  
(Sale RAQUEL.)

RAQUEL

En tu presencia  
a Raquel tienes ya; del vulgo airado  
entrégala al furor y la venganza;  
redime tu peligro con su daño.  
¿No me llamas para esto? ¿Esta fineza  
no es el premio que tienes preparado  
a mi amor? ¿En qué dudas? Raquel muera;  
muera, pues en amarte te hace agravio.

ALFONSO

¡Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofendes!  
No añadas al dolor que sufro y paso,  
de tu insulto el rigor y tiranía.  
¡Yo darte a ti la muerte!, ¡yo te amo!,  
¡que sólo a influjo de tus ojos vivo!,  
¡que apetezco la vida sólo en cuanto  
ofrenda puede ser de tu belleza!

¿Tal presumes de mí? ¡Oh cuán contrario  
es mi intento, Raquel! Salvar tu vida  
a costa de la mía, es lo que trato.  
El pueblo (ya lo ves) que Raquel muera  
o salga de Toledo está clamando.  
¡Oh qué extremos, Raquel, tan rigurosos!  
¿Quién el medio hallará de conciliarlos?  
Mi valor y poder no son bastantes  
a refrenar su orgullo. Si retardo  
cumplir su gusto, a su furor te expongo;  
si de mi Alcázar, oh Raquel, te aparto,  
cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;  
muera yo si a Raquel la vida salvo.  
Esto ha de ser, Raquel.

RAQUEL

¿Qué, en fin, dispones  
aparte de ti?

ALFONSO

El rigor del hado,  
mi desgracia pronuncia esta sentencia;  
el Pueblo te condena, no mi labio.

RAQUEL

Tropas son de traidores sediciosos.

ALFONSO

Sí; pero prevenidos y arrestados.

RAQUEL

Pues castiga su loco atrevimiento.

ALFONSO

Cuando fuera posible ejecutarlo,  
temiera que la mina reventara,  
y causase en tu vida mil estragos.

RAQUEL

Desecha ese temor: arma tu diestra;  
y si acaso el horror te oprime tanto,  
que tu antiguo valor inhabilita,  
por ti este empeño tomará mi brazo.  
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,  
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,  
Semíramis segunda hoy en Toledo

a tus pies postraré cuantos osados,  
cuantos rebeldes, cuantos alevosos,  
aliento dan al sedicioso bando.

ALFONSO

Detén, Raquel, la planta: no al peligro  
así te precipites sin reparo.  
Que te ausentes es fuerza.

RAQUEL

¿Tú lo mandas?

ALFONSO

Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

RAQUEL

¿Tú, en fin, para que muera, me destierras?

ALFONSO

Yo, porque pienso que tu vida guardo,  
a morir de esta ausencia me condeno.

RAQUEL

¿Que no hay remedio?

ALFONSO

Yo ninguno alcanzo.

RAQUEL

¿Y cuándo he de partirme?

ALFONSO

Luego al punto,  
pues cuanto más, Raquel, se alargue el plazo,  
corres mayor peligro. ¡Cuántas ansias  
siente mi corazón al pronunciarlo!  
Adiós, Raquel.

RAQUEL

(Deteniéndole.)

¿Que, en fin, así me dejas?

¿El cariño, Señor, de tanto años,  
de tanto amor las prendas no te mueven?

¿Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto  
desatiendes así?

ALFONSO

¡Suerte enemiga,  
a qué ocasión tan fuerte me has guiado!

RAQUEL  
¿Qué resuelves en fin?

ALFONSO  
Que partas luego.  
Mas ¡ay de mí! que aqieste duro fallo  
contiene la sentencia de mi muerte.  
¿Pero en qué me detengo?, ¿en qué reparo?  
Huya Raquel a conservar su vida,  
mientras queda a morir Alfonso Octavo. (Vase.)

RAQUEL  
Pues ya, Alfonso, que ingrato me abandonas,  
desatento, cruel y temerario,  
si me has amado, si en tu aleve pecho  
de aquel volcán amante queda rastro,  
permítame el Cielo que estas cosas mira,  
y está tu ingratitud considerando,  
pases por el dolor de verme muerta  
al acero cruel de tus vasallos;  
que queriendo vengar estas ofensas,  
no logre tu rigor ejecutarlo;  
que mi sombra interrumpa tu reposo,  
y que en pesar continuo y largo llanto  
llores la desventura, ingrato Alfonso,  
que Raquel, por amarte, está esperando.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen RAQUEL y RUBÉN.)

RUBÉN  
¿Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,  
engañada Raquel? ¿Así remedias  
la ruina y eversión del Pueblo Hebreo?  
¿Así, Raquel, redimes las miserias  
de tu infeliz Nación? ¿Así el injusto  
bando revocas? ¿De esta suerte piensas  
volver a tu perdido valimiento?  
¿De tantos infelices las querellas,

que cifran en tu influjo sus alivios,  
atiendes de este modo? El llanto deja;  
deja inútiles quejas y sollozos  
a mejor ocasión, y considera  
que el general destierro que esperamos  
atemoriza a todos y consterna.  
El pacífico hogar, el quieto albergue  
edificados por las manos nuestras,  
quedarán de su dueño abandonados  
a injusto poseedor; y las riquezas,  
que acumuló la industria y la fatiga,  
apagarán su avara sed apenas.  
Considéranos ya, que fugitivos  
peregrinamos apartadas tierras,  
y entre bárbaros dueños arrastramos  
del cuello esclavo la servil cadena.  
Ancianos, niños, jóvenes, mujeres,  
de la suerte que aguardan se lamentan,  
y el triste sollozar del Idumeo  
música es que al Castellano alegra.  
Reprime, pues, el llanto; y si pretendes  
templar con él lo acerbo de tus penas,  
resérvale a ocasión más oportuna.  
Del indignado Alfonso en la presencia  
las perlas, que aquí viertes sin provecho,  
de nuestra libertad rescate sean.

#### RAQUEL

No. Rubén, con tan frívola esperanza  
aumentes mi dolor; deja a mi pena  
que goce del alivio que la suerte  
por único recurso la reserva.  
Nuevos tiempos, Rubén, nuevas fortunas  
corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran  
bastantes otro tiempo a dar al mundo  
sentimiento y dolor, ya se desprecian;  
ya en vez de compasión iras concitan.  
Cuando Alfonso otra vez sólo por ellas  
la guerra declarara al Universo,  
del Tajo undoso la dorada vena  
retroceder hiciera hacia su origen,  
la noche en claro día convirtiera,  
tanto en tan breve tiempo se ha mudado,  
tan otro está, que juzgo se deleita  
en verlas derramar. Prueba costosa,  
¡ay memoria infeliz!, cruda experiencia

vienen de hacer, Rubén, las ansias más  
de lo poco que puedo y valen ellas.  
En medio de mis lágrimas amargas,  
Alfonso, el mismo Alfonso, me condena;  
de su boca, Rubén, sé mi destierro,  
he escuchado yo misma la sentencia:  
de sí Alfonso me aparta riguroso.  
Mira si es bien que de su mal se duela,  
o que admita esperanzas de consuelo,  
quien tan contraria suerte experimenta.

## RUBÉN

No tan contraria es como imaginas.  
Los males, cuando a ser extremos llegan,  
como pasar no pueden de aquel punto,  
que empiecen a ceder, Raquel, es fuerza.  
Ya el desaire mayor has tolerado:  
ya no hay (créeme, Raquel), cosa que temas;  
ya Alfonso arrepentido por ventura,  
medios inquiere de templar tus quejas.  
Sólo de Rey respetos le contienen;  
y si éstos le obligaron a que hiciera  
contra tu amor esfuerzos tan violentos,  
no dudes que en su pecho las centellas  
que apagar pretendió un temor en vano,  
libre ya de él, con más furor se enciendan.  
Hondas raíces el amor ha echado  
en el alma de Alfonso; no se quiebran  
cadenas que labraron tantos días,  
Raquel, tan fácilmente como piensas;  
no se puede borrar tan brevemente  
la estampa que en el pecho dejó impresa  
pasión tan generosa; pues no bastan  
sustos, temores, sobresaltos, penas,  
disgustos, amenazas, desventuras,  
ni cuantos males la naturaleza  
por mayorazgo repartió a los hombres,  
a retraer a quien amó de veras.  
En ti la prueba tienes. Si del mundo  
el dominio absoluto te ofrecieran;  
si cuantas perlas el Oriente envía,  
cuanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,  
púrpuras Tiro, olores el Sabeo,  
el turco alfombras, el Persiano telas,  
cuanto tesoro encierra en sus abismos  
el hondo mar, y cuanta plata cuentan

sudaron los famosos Pirineos,  
cuando Vulcano liquidó sus venas;  
si todo esto, Raquel, porque de Alfonso  
el amor desdeñases, te ofrecieran,  
¿te movería acaso? ¿le dejaras?,  
¿pudieras olvidarle? Pues si encuentras  
ese imposible en ti, ¿cómo presumes  
que Alfonso, cuya amante pasión ciega  
ejemplo singular ha sido al orbe,  
olvidarse de sí tan breve pueda?  
Delirio es de tu amor tal pensamiento;  
recobra la esperanza, y aprovecha,  
si quieres remediar el mal presente,  
Raquel, el corto tiempo que te queda.

RAQUEL

Pues ¿puedo prometerme algún remedio  
a tan extremo mal?

RUBÉN

La diligencia  
madre es de la ventura.

RAQUEL

¿Y la que tiene  
del rigor de su suerte tantas pruebas,  
no será necia en esperar venturas?

RUBÉN

Necedad es mayor creer que deba  
favorecer la suerte al negligente.

RAQUEL

Cuando remedio ya ninguno queda,  
¿no es prudencia ceder a la desgracia?

RUBÉN

Pero ninguno llamará prudencia,  
persuadirse que son irremediables  
los males de la vida. No hay adversa  
fortuna que la industria no deshaga,  
o modere a lo menos.

RAQUEL

¿Pues se encuentra  
alguna que remedie tan gran daño?

RUBÉN

Sí, Raquel, si a mi arbitrio te sujetas.

RAQUEL

¡Ay, Rubén!, mi esperanza a nueva vida  
con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyentan  
con tus consejos sabios mis recelos,  
mi temor con tus graves advertencias.  
Dispón, Rubén: Raquel obedecerte  
sólo sabrá.

RUBÉN

Pues si a mi arbitrio dejas  
de esta acción el gobierno, nada dudes;  
cuenta como lograda ya la empresa.  
Alfonso, compelido del respeto  
de sus Vasallos, hace resistencia  
a su amor, y en su cuarto retirado,  
finge desvíos, desamor afecta.  
Pero yo sé, Raquel, que interiormente  
por verte muere, por hablarte anhela,  
y que hasta conseguir desenojarte,  
juzga las breves horas por eternas.  
Batalla con afectos diferentes  
el corazón del hombre; mas si llega  
a tomar el amor en él partido,  
por él el campo y la victoria quedan.  
Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte;  
y si hiciere a su amor tan grave fuerza  
que el impulso quebrante de su afecto,  
supla esta falta nuestra diligencia.  
Necesario es que a Alfonso te presentes,  
antes que se efectúe nuestra ausencia;  
que de esto sólo pende la esperanza,  
y en esto el logro de ella se interesa;  
pues si vuelve otra vez a verte Alfonso,  
difícil es que a abandonarte vuelva.  
Resuélvete; y en tanto tus pesares  
a cuantos de ellos informarle puedan  
ostenta y exagera astutamente.  
Haz, Raquel, aparato de tus penas;  
lean todos tu enojo en tu semblante;  
tu dolor en tus ojos todos vean.  
Esto conviene.

RAQUEL

Pues si así conviene,  
y ves, Rubén, dispuesta mi obediencia,  
hasta que llegue el lance que meditas,  
los aires hencharé con mis querellas,  
molestaré la tierra con mis voces,  
y aun sembraré en los cielos mis endechas. (Vase.)

RUBÉN

Sí, Raquel; que si ayuda la fortuna  
mis prevenciones, o he de hacer que vuelvas  
a ser segunda vez dueña de Alfonso,  
o he de perder la vida en esta empresa.  
Mas ¡ay de mí! que aunque me aliento en vano,  
lucho con mil recelos y sospechas,  
y de un trágico fin o desventura  
el justo horror de confusión me llena.  
Que lidiar contra un vulgo alborotado,  
oponerse al poder de la Nobleza  
y mantener una privanza injusta,  
¿quién sino un despechado lo emprendiera?  
¿Pero qué importa aventurar la vida?  
Aventúrese todo, Raquel tenga  
segunda vez de Alfonso el albedrío;  
que si esto se consigue, ya te queda,  
Rubén, abierto campo a tus venganzas.  
Muera Hernando, Alvar Fáñez también muera  
y cuantos Ricos Hombres en Castilla  
contraponerse a mis intentos puedan.  
Yo haré que en recompensa de su agravio  
pida Raquel a Alfonso sus cabezas,  
y que reos de estado por mi industria,  
les dé amor vengativo la sentencia.  
¿Mas dónde Garcerán apresurado  
así corre? Perpetuas compañeras  
son de la iniquidad las inquietudes;  
siempre el malvado lidia con sospechas.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Rubén, ¿has visto al Rey?

RUBÉN

En su retrete,  
según acabo de informarme, queda.

Mas ¿qué motivo así te precipita?

MANRIQUE

El ganar las albricias de la nueva  
de que ya está Toledo sosegada;  
y el que antes era todo turbulencias,  
ya es teatro de aplausos.

RUBÉN

Pues ¿qué causa  
pudo mover pasiones tan opuestas?

MANRIQUE

El haber ofrecido Hernán García  
de Raquel el destierro, y tu cabeza.

RUBÉN

¿Mi cabeza, Manrique?

MANRIQUE

No lo dudes.

RUBÉN

¿Qué dices?

MANRIQUE

Que a ti el Pueblo te condena.

RUBÉN

¡A mí! ¿Por qué razón?

MANRIQUE

Porque a tu influjo  
de Raquel atribuyen las violencias;  
su rigor, su codicia, sus audacias,  
obras de tu enseñanza consideran,  
y el encanto y prisión de Alfonso Octavo,  
lecciones aprendidas en tu escuela.

RUBÉN

¡Yo, Manrique...! Si el Cielo...

MANRIQUE

Esas disculpas  
con quien pueda estimarlas aprovecha.  
Duéleme tu desgracia; mas no alcanzo

a remediarla; así no me detengas,  
pues yo sirvo a mi Rey. Sólo un consejo  
darte podré de mi amistad por prueba;  
y es que en las desventuras declaradas,  
oponerse a la suerte es imprudencia. (Vase.)

RUBÉN

¡Oh Cortes, oh Palacios, centro infame  
de engaños, falsedades y cautelas!,  
¡cuán a mi costa llego a conoceros!  
Si éste, que debe toda su opulencia,  
su valimiento y auge a mis influjos,  
así me corresponde, ¡cuánto yerra  
quien de áulicos confía en esperanzas,  
quien cree cortesanas apariencias!  
Mas ¿cómo en reflexiones importunas  
malogro el tiempo? El Pueblo mi cabeza  
está pidiendo; yo la causa he dado;  
el riesgo es conocido y está cerca.  
¿Qué arbitrio me darás, ingenio mío,  
para librarme de ocasión tan recia?  
Mas ¡ay de mí!, que el Cielo acaso quiere  
dar a mi iniquidad la justa pena,  
y cansado tal vez de tolerarla,  
pretende hacer de su justicia muestra.  
Escarmienten los malos en mi daño,  
y en mi desdicha la impiedad aprenda  
que no siempre se peca impunemente,  
y que si acaso el Santo Cielo deja  
correr tras de sus vicios los mortales,  
es por darles lugar para la enmienda,  
y que su tolerancia justifique  
en medio de las iras su clemencia.  
Pero del Rey las guardias se descubren.  
¿Qué es esto? Triste corazón, alienta;  
que pues Alfonso al público se ofrece,  
aún queda a mis astucias franca puerta.  
Venga Raquel; renueve su hermosura  
la antigua llaga que a cerrarse empieza,  
y Fénix hoy amor entre cenizas  
nuevo ser, nueva vida a cobrar vuelva.

(Sale la GUARDIA.)

GUARDIA

Despejad.

RUBÉN

Ya en el campo de batalla  
tienes al enemigo. Última prueba  
ésta es de tu poder, astucia mía.  
Refuerza, amor, tus vencedoras flechas  
a favor de Raquel, porque en Toledo  
se tremole hoy triunfante tu bandera. (Vase.)

(Salen ALFONSO y MANRIQUE.)

ALFONSO

(La GUARDIA.)

Retiraos.

(A MANRIQUE.)

¿Qué, en fin, ya se ha aplacado  
el furor de la Plebe?

MANRIQUE

La presencia  
de Hernando refrenó sus osadías;  
que sólo su valor las contuviera.  
Y porque más afianzada quede  
la pública quietud, las cien banderas  
y los dos mil Jinetes destinados  
y prontos a marchar ya sobre Cuenca,  
del Campo de la Sagra en que se alojan,  
sobre Toledo vuelven; y la fuerza  
ocupada, señor, de San Cervantes  
con el nuevo presidio, ya no queda  
motivo de temer, por más que intente  
segunda novedad la Plebe inquieta.

ALFONSO

¡Oh suerte miserable de los Reyes,  
cuán vanamente el fausto os lisonjea,  
si juzgáis os exime de cuidados  
el poder, la corona y la opulencia!  
¡Oh nombre ciegamente apetecido!  
¡Oh títulos pomposos de grandeza,  
sólo sonido, vanidad y viento!  
¿Quién, que os conozca, habrá que os apetezca?  
¿Pues qué sirve el poder en los Monarcas,  
si siempre el Rey en sus acciones queda  
sujeto a la censura del vasallo,

que injusto las abona o las reprueba?  
¿Qué sirve la Corona, si su engaste  
es de la voluntad fuerte cadena,  
prisión equivocada con imperio,  
y esclavitud llamada independencia?  
¿Para qué es la opulencia, si los graves  
cuidados que a los Reyes nos rodean,  
tiranizan el gusto de gozarla,  
ocupándole siempre en extenderla?  
¡Oh fortuna envidiable del villano,  
contento en la humildad de su bajeza,  
y libre de los sustos y desvelos  
que de continuo al poderoso cercan!  
¡Oh mesa venturosa, que guarnece  
grosero plato de paterna herencia,  
que convierte en sabroso y delicado  
aquel placer que a tu contorno vuela!  
Pajiza habitación de la alegría,  
a cuyo umbral humilde nunca llega  
ni de la envidia el tiro venenoso,  
ni el ímpetu crüel de la soberbia.  
¡Cuánta ventaja hacéis a los altivos  
Alcázares Reales, que aposentan  
por huéspedes perpetuos de sus techos  
desvelos, sinsabores y sospechas!  
¡Cuán libremente sus deseos goza  
el simple Labrador, cuya pobreza  
ni excita emulación en sus iguales,  
ni en los más poderosos competencia!  
Si al pellico y cayado el Cetro de oro  
la Púrpura Real trocar pudiera,  
¡cuán ventajoso el cambio juzgaría!  
¡con cuánta libertad en las florestas  
del amor solamente frecuentadas  
gozara tu hermosura, Raquel bella!  
Nunca de estado la razón tirana  
tanto bien, tanta gloria me impidiera.  
¡Oh suerte! ¡Oh condición! ¡Oh Reino, cuánto  
me debéis, si a Raquel por causa vuestra  
de mí separo! Pero ¿qué pronuncio?  
¿Podrás, Alfonso, tú, vivir sin ella?  
No; que mi vida pende de sus ojos.  
No; que en su pecho mi alma se aposenta.  
Mas la razón, el reino, mis vasallos,  
mi honor, su misma vida, las estrellas,  
todo influye en su ausencia, ¡Oh suerte injusta!

¡Oh cruel dolor! ¡Oh bárbara violencia!

MANRIQUE

No deis lugar, Señor, a reflexiones  
que aumentan vuestro mal y vuestra pena.

ALFONSO

Deja, Manrique, que mi mal me aflija;  
deja que mis dolores cobren fuerzas;  
deja que mi pasión me martirice.

MANRIQUE

Mirad, Señor, que vuestra vida...

ALFONSO

Deja  
que avivando el dolor y sentimiento,  
el fuego que en mi pecho se alimenta,  
en las aras de amor mi triste vida  
ofrenda noble y holocausto sea.  
Porque vea Raquel que si ha podido  
el cuerpo separar la suerte adversa,  
el alma, no; que libre de embarazos  
a Raquel volará como a su esfera.  
¡Oh días miserables, de horror llenos,  
llenos de luto, llenos de tristezas,  
los que sin ti, Raquel, ya me amenazan!  
¡Oh eternas noches de dolores llenas,  
aquéllas que, tu ausencia lamentando,  
pasaré en largo llanto y mudas quejas!  
Garcerán, si el amor que me has debido  
quieres pagar, con sola una fineza  
saldrás de obligaciones. Con tu acero  
abre este pecho, rómpeme las venas;  
mi espíritu desata de estos lazos;  
dame, dame la muerte; no suspendan  
la ejecución respetos de vasallo;  
piedad será esta vez, lo que otra fuera  
el delito mayor, pues se redimen  
con sólo un mal inmensidad de penas.

MANRIQUE

No así ofendáis, Señor, mi amor y celo  
con proponerme acciones tan violentas,  
tan fuera de razón, y desusadas.  
Volved en vos; desvaneced ideas

que os turban la razón y los sentidos:  
conservad vuestra vida; ved que en ella  
se cifra el bien de todo vuestro Reino.  
Y si el amor, si la pasión os ciega  
tanto, que a riesgo ponga vuestra vida,  
porque ésta se conserve, todo ceda;  
todo ceda, señor, a vuestro gusto.  
¿Pensáis que puede haber quien no prefiera  
tanto bien a cualquier otro respeto?  
Yo os lo afirmo, Señor: todos desean  
que viváis a Castilla largos siglos.  
Además de que ya las tropas cerca  
de Toledo, y la plebe sorprendida,  
no queda que temer. Y antes debiera  
de Raquel el destierro revocarse  
en obsequio, Señor, de vuestra regia  
autoridad, que queda desairada  
de otro modo.

ALFONSO

¡Qué en vano me aconsejas!  
En vano tu lealtad, tu amor y celo,  
quiere templar lo acerbo de mis penas.  
¡Cómo!, ¿podré olvidar de mis vasallos  
la justa pretensión? ¿Bien visto fuera  
que cuando ellos por mí se sacrifican,  
de lealtad siendo ejemplo, y de fineza,  
como tú dices, yo correspondiese  
a tan notable fe, abusando de ella?  
No, Garcerán, los cielos no permitan  
que yo amancille con acción tan fea  
la historia de mi vida desdichada.  
Y pues remedio ya ninguno queda,  
acábame, ¡oh dolor! Dame la muerte,  
serás piadoso aquesta vez siquiera.

MANRIQUE

Apartad ya, Señor, el pensamiento  
de tan tristes objetos.

ALFONSO

Mal penetras,  
del mal que me fatiga y acongoja  
el rigor, la crüel naturaleza.  
Si el enfermo, que siente lastimada  
una parte del cuerpo, aunque no sea

de las más principales, no es posible  
que el pensamiento de su mal divierta,  
quien tiene como yo llagada el alma  
de herida tan antigua y tan acerba,  
¿cómo podrá, Manrique, distraerse  
insensible al dolor que le atormenta?

MANRIQUE

Mirad que llega gente.

(Sale un GUARDIA.)

GUARDIA

Para hablaros,  
espera que la deis, Señor, licencia  
Raquel.

ALFONSO

¿Qué es lo que escucho? Fuerte lance  
me preparas, fortuna; cruda guerra  
vas a moverme, amor, en este encuentro.  
¿Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda  
a la revocación arbitrio alguno?  
¿Y no será crueldad que cuando llega  
Raquel a suplicar a Alfonso Octavo,  
ni aun admitirla a su presencia quiera?  
¿Qué dudo, pues? Decid que Raquel llegue.

(Vase el GUARDIA.)

MANRIQUE

Ya con Rubén, Señor, aquí se acerca. (Vase.)

(Salen RAQUEL, RUBÉN y acompañamiento de JUDÍAS.)

RAQUEL

(De rodillas.)

Si presumís, Señor, que a vuestras plantas  
segunda vez me trae aquel designio  
de que anuléis el rígido decreto  
de mi ausencia, o mi muerte, que es lo mismo...

ALFONSO

(Alzando a RAQUEL.)

¡Ay de mí! Alzad del suelo. (¡Raquel llora!  
Mucho de ti recelo, valor mío.)

Proseguid, pues. ¿Qué es esto, duros astros?  
¿Qué os detenéis?

RAQUEL

Oíd, que ya prosigo.

Si presumís, Alfonso, que este llanto,  
si pensáis que estos débiles suspiros,  
prendas en otro tiempo inestimables,  
cuando suerte mejor y el cielo quiso,  
vienen acaso a ser intercesores  
entre vuestro rigor y mi delito  
(sin haber correspondido a vuestro afecto  
merecer puede nombre tan indigno),  
no lo temáis. Mi llanto y mis sollozos  
sólo son expresión de mi martirio,  
vapores que a los ojos ha exhalado  
la amante llama que en mi pecho abrigo.  
Con muy contrario intento a vuestra vista  
vuelvo, Señor; pues si antes he pedido  
suspendierais el orden de mi ausencia,  
llevada de mi amante desvarío,  
ya con mejor acuerdo sólo trato  
de cumplir vuestro gusto, y sólo aspiro  
a dar la última prueba en mi obediencia  
del amor con que siempre os he servido.  
Bien sé que obedecer vuestro mandato  
la vida ha de costarme, cuando miro  
que no pueden cortarse a menos riesgo  
lazos que tanto amor y tiempo ha unido.  
Mas si en esto, Señor, de mi fineza  
los subidos quilates acredito,  
dulces serán los últimos tormentos,  
si han de manifestar cuánto os estimo.  
Males no habrá de cuantos me propone  
la triste idea del destierro mío,  
que no les dé accidentes de deleite  
al ser por vuestra causa padecidos.  
La dura soledad, que me amenaza  
en la mortal ausencia que medito,  
será recreación del pensamiento  
al contemplar sois vos quien la ha querido.  
El cansancio, Señor, la grave angustia  
de mi espíritu vago y peregrino,  
trocará las congojas en descanso  
y hará de la fatiga misma alivio;  
y los insultos a que quedo expuesta

del feroz vulgo, adularán mi oído,  
viendo que aborrecerme así les mueve  
de su Rey el afecto y el cariño.  
Esto supuesto, y que es inexcusable  
ausentarme de vos, pues mi peligro,  
la voz del Pueblo, su quietud, los Cielos  
lo tienen decretado y convenido;  
si algún mérito tiene, amado Alfonso,  
tan constante pasión, amor tan fino,  
de tantos años la correspondencia,  
la noble emulación con que habéis visto  
mi ternura y la vuestra competirse,  
votos con tal desgracia repetidos,  
tantas promesas por mi mal frustradas,  
con que no pienso ya reconveniros,  
pues me tiene tomados mi desdicha  
de cualquiera esperanza los caminos;  
en recompensa sólo una fineza  
me atrevo a suplicaros y pedirlos,  
cuyo derecho no podrá usurparme  
el rigor de esta ausencia o exterminio.  
Esta es, Alfonso, que, pues no es posible  
apagar esta llama que respiro,  
de mi pecho arrancar vuestro retrato,  
ni de mi pensamiento este delirio,  
os deba esta infeliz, que así os adora,  
un recuerdo tal vez, que fuisteis mío,  
que en los años dichosos que me amasteis  
y yo fui vuestra, pudo el amor mismo  
ternezas aprender de mis afectos,  
que siempre el mío fue vuestro albedrío,  
y finalmente que por adoraros,  
ausente, triste y desterrada vivo.  
Esto, Señor, mis lágrimas pretenden:  
éste el intento es que me ha traído  
a causaros molestias con mi vista,  
y esto lo que por último os suplico.  
Esto hará mis tormentos menos graves,  
mis males menos duros y prolijos,  
y aborrecible menos este aliento,  
mientras la Parca tuerza el vital hilo.  
Y pues instan, Señor, inconvenientes,  
temores, sobresaltos y peligros  
a que me ausente, ¡ay, Dios, cuántos ahogos  
el espíritu siente al proferirlo!,  
dadme, Señor, Licencia; y este llanto,

(Arrodíllase.)

última ofrenda que a mi amor dedico,  
os quede por seguro que ni el tiempo,  
destierro, ausencia, penas ni martirios,  
recelos, amenazas ni desastres,  
ni de la muerte el riguroso filo  
serán bastantes a borrar del pecho,  
de tanta fe depósito y archivo,  
la imagen vuestra que por tantos años  
labró el amor, el trato y el destino.

ALFONSO

¿Qué es esto, Sacros Cielos? ¿Qué centella,  
qué extraordinario ardor no conocido  
a mi pecho ha inspirado, Raquel mía,  
tu llanto y tu dolor? ¿Cuándo se ha visto  
sino en mi daño tan extraño ejemplo,  
fenómeno tan raro y peregrino?  
Alza, Raquel, del suelo; de tu llanto  
suspende los raudales: no abatido  
tengas el cielo, de quien eres copia.  
No desperdicies los tesoros ricos  
de tus preciosas lágrimas; recoge  
al lastimado pecho los suspiros.  
Deja el llanto y dolor, deja la pena  
a este infeliz, a quien el hado impío  
maltrata con rigor tan importuno.  
A mí, a quien el perderte es ya preciso,  
y muriendo vivir en esta ausencia,  
corresponde, Raquel, este ejercicio.  
Segura partir puedes de que en cuanto  
este espíritu rija el condolido  
cuerpo, que tantos males debilitan,  
su alimento será y manjar continuo  
llanto y dolor, pesar y sentimiento.  
¡Mas ay de mí, infeliz! ¿Qué he proferido?  
¿Yo, que Raquel se ausente pensar puedo?  
¿Yo puedo proponerlo y consentirlo?  
¿Yo, que aliento al influjo de su vista?  
¿Yo, que en fe de que me ama sólo animo?  
No es posible, ni el Cielo lo consienta.  
Raquel, no has de partir; antes el hilo  
se corte de mi vida.

RAQUEL

¿Qué he escuchado?

¿Qué pronunciáis, Señor? ¿No sois vos mismo quien ha determinado mi destierro?

ALFONSO

Fue atentando, fue error, fue desvarío.

RAQUEL

¿Pues vos no me intimasteis la sentencia?

ALFONSO

No lo puedo negar; temor lo hizo.

RAQUEL

¿No os mostrasteis de piedra a mis razones?

ALFONSO

O no era yo, o estaba sin sentido.

RAQUEL

¿No sois vos mismo quien me aconsejaba?

¿No sois aquel que astutamente fino me pintaba los riesgos?

ALFONSO

Verdad dices;  
tenlo por sueño, tenlo por delirio.

RAQUEL

¿No despreciasteis mis reconvenciones?  
¿No os vi sordo a mis llantos y gemidos?  
¿Por fin de mí no huisteis?

ALFONSO

¿Qué más quieres,  
Raquel, si te confieso mi delito?  
Sírname este rubor, esta vergüenza  
que paso al confesarlo, de castigo.  
Errores son que debes disculparlos,  
pues tuvieron de amarte su principio.  
Yo te amaba, Raquel; yo te apartaba  
de mis ojos; contempla mi martirio.

RAQUEL

¡Con qué facilidad un pecho amante,  
si está tan empeñado como el mío,  
admite las disculpas que desea,

y aun tal vez disimula su artificio!  
Mas cuando yo os conceda que forzado  
obrasteis, y que sólo mi peligro  
os turbó la razón, ¿es por ventura  
menor el riesgo ya?, ¿los conmovidos  
corazones están más aquietados?,  
¿se han disipado ya mis enemigos?  
¿clama menos el Pueblo?, ¿la Nobleza  
pondrá a sus quejas término? ¿Vos mismo,  
a quien ya los temores vencer saben,  
me dais seguridad de reprimirlos?  
¿Queréis que expuesta quede a una violencia?,  
¿del vulgo fiero al bárbaro capricho?,  
¿de un soberbio al insulto? Quien me ama,  
¿podrá esto tolerar? ¿Qué poderío,  
qué autoridad, qué auxilio me asegura  
de tantos riesgos? Si es que os he debido  
algún amor, Alfonso, no mi vida  
expongáis de esta suerte; y pues preciso  
es que me ausente, adiós, amado Alfonso,  
(Llorando y en ademán de irse.)  
adiós, y el Cielo...

ALFONSO

(Deteniéndola.)

El Cielo que ha querido  
a tan graves desdichas conducirme,  
y es de mi puro amor y fe testigo,  
no permita que Alfonso sin ti viva.  
Raquel amada, hermoso dueño mío,  
¿así a Alfonso abandonas?

RAQUEL

Las estrellas,  
el Cielo así lo manda, y mi destino.

ALFONSO

¿Que en fin estás resuelta a abandonarme?

RAQUEL

Cuánto me pesa en este llanto explico.

ALFONSO

Pues si mi desventura es tan notoria,  
esta vida, este espíritu mezquino  
como inútiles prendas considero;

(Sacando la espada.)  
acero noble, rayo que esgrimido  
de mi diestra, blasones duplicasteis  
a Marte poderoso, yo os dedico  
a mejor ministerio: sed piadoso  
instrumento de amantes sacrificios.  
Y tú, Raquel, si quieres testimonios  
de mi constante amor ciertos y fijos,  
pues no oyes mi razón, estas alfombras  
te los ofrezcan con mi sangre escritos.

(En ademán de echarse sobre la espada.)

RAQUEL

(Conteniéndole.)

Deteneos; ¿qué hacéis? ¿Qué furia es ésta?  
Mirad que de la espada el duro filo,  
cuando amenaza estragos a ese pecho,  
los obra y ejecuta ya en el mío.  
¿No advertís que ese golpe riguroso  
será fin de mi vida? ¿Quién ha dicho  
que muerto Alfonso Octavo Raquel puede  
vivir un solo punto? ¿Habéis creído  
que a vuestra costa pueden redimirse  
mis desdichas? Vivid, Alfonso mío,  
vivid, que Raquel sólo para amaros  
la vida quiere. Ya, Señor, me rindo  
a cuanto dispusiereis; ya Toledo  
será otra vez mi centro; no hay peligro  
que a trueque de agradaros me dé asombro,  
que me dé susto a trueque de serviros.

ALFONSO

¡Oh portento de amor! Sea la eterna  
gratitud que te ofrezco y sacrifico,  
paga a tanto favor.

RAQUEL

¿Y los Hebreos  
que no tienen, Señor, otro delito  
que depender de mí?...

ALFONSO

Ya los indulto.  
Y porque tu temor desvanecido  
del todo quede; porque no receles

de un vulgo osado los infieles tiros,  
desde hoy de mi Cetro y mi Corona  
serás dueño absoluto. Mis dominios  
a tu arbitrio se rijan y gobiernen;  
de todos mis vasallos los destinos  
de ti dependerán públicamente,  
porque todos así te estén sumisos.  
¡Ah de mi guardia! (Ocupando el solio.)

(Salen MANRIQUE, la GUARDIA y acompañamiento de CASTELLANOS.)

MANRIQUE  
(Y los demás.)  
¿Qué ordenáis?

ALFONSO  
Atentos  
escuchad lo que mando y determino.  
¿Soy vuestro Rey?

MANRIQUE  
Por tal os veneramos.

ALFONSO  
¿Sois mis Vasallos?

MANRIQUE  
Este distintivo  
nos honra.

ALFONSO  
Y lo que yo sobre mi Trono  
mandare y dispusiere, ¿no es preciso  
que todos lo obedezcan?

MANRIQUE  
¿Quién lo duda?,  
nadie debe excusarse de servirlos.

ALFONSO  
Está bien; y el vasallo que se opone  
al gusto de su Rey, ¿no es, decid, digno  
de la pena mayor, y por rebelde  
no se hace reo del mayor delito?

MANRIQUE

No hay duda.

ALFONSO

Pues supuesto que no hay duda,  
y supuesto también que es gusto mío,  
sabed que hoy en mi Trono sustituyo  
a Raquel; mi poder y mi dominio  
la transfiero, y yo mismo la coloco  
en mi Solio Real; esto entendido,  
pues confesáis debéis obedecedme,  
(Colocándola en el Trono.)  
sabed que ya Raquel reina conmigo.

CASTELLANOS

¡Terrible ceguedad!

MANRIQUE

Si es vuestro gusto,  
ya os obedezco y el primero rindo  
a Raquel mi respeto.

(Van los demás besando la mano a RAQUEL como MANRIQUE.)

RUBÉN

Bien se logra  
el fin de mis astucias y designios.  
Ya de nuevo respiro.

RAQUEL

¡Qué gustoso  
es el mando aun en medio de peligros!

ALFONSO

Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado,  
donde nunca alcanzar podrán los tiros  
de tus contrarios; ya mi imperio todo  
está en tu mano; ya de tu albedrío  
dependen los que quieran ofenderte.  
Los doce mil Soldados que destino  
para asediar a Cuenca, ya en Toledo  
entrando van; fiada en tal presidio,  
tu gusto ley de mis Vasallos sea.

RAQUEL

Por testimonio de tu amor lo estimo.

ALFONSO

Y porque mi presencia no embarace  
que obres con libertad, yo me retiro.  
Adiós, bella Raquel.

(Vase con la GUARDIA.)

RAQUEL

El Cielo os guarde.  
¿Qué es aquesto, fortuna? ¿Quién ha visto  
tan extrañas mudanzas en su suerte?  
¿Qué afectos hasta aquí no conocidos  
el corazón combaten? La venganza  
me inspira indignaciones y castigos;  
y este asiento, que es centro de justicia,  
contiene mi furor cuando me irrita.  
¿Mas podré conservar mi vida acaso,  
cuando me cercan tantos enemigos,  
por más que este lugar me privilegie  
del insulto del Pueblo? ¿El atrevido  
infame Vulgo contendrá su furia,  
porque yo disimule su delito?  
No por cierto; que el vil nunca conoce  
estas obligaciones, y al maligno  
a quien se disimula un desafuero,  
licencia se le da de repetirlo.  
Prueben, pues, mi rigor.

(Sale la GUARDIA.)

GUARDIA

Hernán García  
y Alvar Fáñez, creyendo en este sitio  
hallar al Rey, entrada solicitan.

RAQUEL

Permitidlos entrar.

(Vase la GUARDIA.)

MANRIQUE

¡Duro conflicto!

(Sale ALVAR FÁÑEZ por un lado, con un Pliego.)

ALVAR FÁÑEZ

Éste es, Alfonso, el bando... Mas ¿qué veo?

(Sale GARCÍA por el lado opuesto.)

GARCÍA

El obsequioso Pueblo... Mas ¿qué digo?

ALVAR FÁÑEZ

¿Es ilusión?

GARCÍA

¿Es sueño?

RAQUEL

¿Qué os suspende?

Alvar Fáñez, llegad. ¿No me habéis visto?

¿Qué os admira, Fernando? ¿Qué reparos os detienen? ¿Habéisme conocido?

(Levantándose.)

Yo soy Raquel; Raquel, la que no ha mucho insultasteis soberbios y atrevidos.

Raquel soy, ¿qué dudáis?, a quien Alfonso sustituye en su mando, a quien él mismo en su Solio Real ha colocado,

con quien todo el poder ha dividido,

a quien ya sus vasallos más leales tributan los obsequios más rendidos.

Soy quien traidores castigar pretenden;

quien del rigor esgrimirá los filos

en cuellos alevosos; quien alfombras

hará a sus pies de espíritus altivos

y será con asombros y rigores,

de audacias escarmiento y exterminio.

(Tomando el Pliego a ALVAR FÁÑEZ y rompiéndole.)

Mas tú, que de leal haciendo alarde,

solicitas mi daño y precipicio,

advierte que así apruebo iniquidades,

que así injusticias corroboro y firmo.

Y Tú, que Diputado de alevosos

viles Plebeyos el enjambre indigno

tan oficiosamente representas,

les dirás de mi parte cuánto estimo

su fineza, y que ya para pagarla

prevengo hierros, lazos y suplicios.

(Vase con RUBÉN y los demás JUDÍOS.)

ALVAR FÁÑEZ

¿Es posible que a tanto haya llegado  
la ceguera de Alfonso?

GARCÍA

Estoy corrido.  
No sé cómo he sufrido tal ultraje.  
Manrique, ¿es esto cierto?

MANRIQUE

Ya lo has visto.

ALVAR FÁÑEZ

¿Y tú lo has permitido?

GARCÍA

¿Tú lo sufres?

MANRIQUE

El que lo pudo hacer es quien lo hizo.  
El Rey así, Alvar Fáñez, lo ha mandado:  
así, García, Alfonso lo ha querido.  
Cuando su voluntad tan declarada  
está, como notáis vosotros mismos,  
ni debe replicar ningún vasallo,  
ni puede resistirla sin delito  
Yo por lo menos sólo sé que debo  
servir y obedecer al dueño mío. (Vase.)

GARCÍA

Vive Dios, que es deshonra. Es ignominia  
tal modo de pensar. ¿Pues quién te ha dicho,  
infame adulator, que a su Rey sirve  
quien, como tú, sus ciegos desvaríos  
obedece sin réplica, debiendo  
conducirle a un desdoro y precipicio?  
Mas ya no es tiempo de esto; ya, Alvar Fáñez,  
de Alfonso ves la ceguedad; ya vimos  
de esa altiva Judía la arrogancia.  
¿Quién seguro estará de sus caprichos?  
¿Quién no debe temer sus osadías?  
¿Será razón que el Castellano brío  
obedezca las leyes de una Hebrea?

¿Será justo que aquellos que nacimos  
los primeros del Reino, para darle  
grandes ejemplos, mudos y abatidos  
una beldad tirana respetemos?  
Y el Pueblo, que en los dos ha transigido  
sus acciones y fueros, ¿será justo  
quede sujeto al abandono antiguo?  
No, Alvar Fáñez: remedio pide el daño.

ALVAR FÁÑEZ

A cuanto quieras ya me determino.

GARCÍA

Redimamos el pueblo miserable.

ALVAR FÁÑEZ

Cuanto pienses y digas, te confirmo.

GARCÍA

Libertemos a Alfonso de este encanto.

ALVAR FÁÑEZ

Mi vida ofrezco para conseguirlo.

GARCÍA

Mas se debe excusar todo alboroto  
no parezca motín el que es oficio.

ALVAR FÁÑEZ

A cuanto dispusieres me resuelvo.

GARCÍA

Pues si tú me acompañas, hoy consigo  
eternizar el nombre Castellano  
con la violenta empresa que medito;  
y verá el mundo en mí, cuando contemple  
los efectos que ya me pronostico,  
la mayor lealtad en la osadía;  
pues hay casos tan raros y exquisitos  
en que es más fiel el menos obediente,  
y más leal el que es menos sumiso.

JORNADA TERCERA

(Salen HERNÁN GARCÍA, ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS.)

CASTELLANO

¿Este descuido, Hernando, esta desidia  
es el alivio que esperar debiera  
un Reino, que tan graves infortunios  
padece?

CASTELLANO

¿Así se cumplen las promesas  
en cuya fe libraba su esperanza  
el Pueblo Castellano?

CASTELLANO

¿Qué torpeza,  
Alvar Fáñez, oprime los alientos  
en tan fuerte ocasión?

CASTELLANO

¿Qué indiferencia  
tan odiosa en tan grave coyuntura  
os suspende? ¿Sabéis que Raquel reina?  
¿Que Alfonso, de su encanto seducido,  
más que nunca a su arbitrio se sujeta?  
¿Que el Trono de Castilla venerable  
ocupa ya Raquel? ¿Que la sentencia  
del general destierro del Hebreo  
está ya revocada? ¿Que con fiestas  
celebra el Israelita y con aplausos  
por Toledo su triunfo y nuestra mengua?  
¿Es éste de Raquel el exterminio?  
¿Esas, Hernando, son vuestras ofertas?  
¿Sabéis que a su rigor quedan expuestos  
los Vasallos de Alfonso? ¿Qué violencias  
no intentará, creyéndose ofendida?  
¿Quién seguro estará de su soberbia?  
¿Para esto conspiró nuestro denuedo?  
¿Así se logra el fin? No; no consienta  
nuestro valor ultraje tan indigno.  
Muera Raquel; quien por leal se tenga,  
abraza la ocasión de acreditarse.  
Y pues se advierte tanta indiferencia  
en los Nobles, la hazaña que a otros toca,  
de la abatida Plebe empresa sea.

ALVAR FÁÑEZ

No así culpéis de omiso, Castellanos,  
mi valor. ¿Presumís que la Nobleza  
descuidar puede sus obligaciones?  
¿Juzgáis que del Plebeyo las miserias  
puede ver sin que exponga en su remedio  
toda su autoridad? Ya está resuelta  
la ruina de Raquel; vuestros enojos  
sean el instrumento; de la empresa  
ha de ser Alvar Fáñez el caudillo.

(Echando mano a la espada, y pasándose al bando de los castellanos.)

Muera Raquel; armad la invicta diestra,  
Castellanos, y acabe esta ignominia  
de una vez nuestro acero.

CASTELLANOS

(Echando mano a las espadas.)

¡Muera, muera!

GARCÍA

(Deteniéndolos.)

¿A dónde así corréis precipitados?  
¿Qué furor os impele? ¿Qué imprudencia  
os obliga a tan grave desacierto?  
¿Así rompéis de la naturaleza  
las leyes sacrosantas? ¿De Españoles  
se creará acción de tanto oprobio llena?  
¿Así de este lugar los privilegios  
se traspasan, profanan y atropellan?  
¿Sabéis la inmunidad de aqueste sitio?  
¿Sabéis que el Cielo y la razón condenan  
a quien le pisa menos reverente?  
¿Y tú, Alvar Fáñez, que advertir debieras  
mejor la gravedad del desacato,  
así llevarte de su furia dejás?  
¿Qué es esto, Castellanos valerosos?  
Reportaos; el limpio acero vuelva  
a su lugar, que males de esta clase  
los remedia el consejo, no la fuerza.

ALVAR FÁÑEZ

¿Tú, Fernando, te opones al intento?  
¿Cuando en la muerte de esa vil Hebrea  
tratamos de la vida del Monarca,

así el hecho acriminas y motejas?  
Fernando, ¿esto es lealtad?

GARCÍA

¿Quién os ha dicho,  
oh multitud ilusa, que se pueda  
ofender a Raquel, sin que de Alfonso  
la autoridad y pundonor padezcan?

ALVAR FÁÑEZ

Pues si Raquel a Alfonso tiraniza,  
quien quebranta sus hierros y cadenas,  
quien a su rey liberta de un desdoro,  
¿no obra como leal?

GARCÍA

Y quien intenta  
que un delito castigue otro delito,  
¿obra con equidad y con prudencia?  
No oscorezcáis así vuestras hazañas;  
confiésoos la razón de vuestras quejas:  
no niego de Raquel la tiranía.  
Yo mismo sus excesos y violencias  
acabo de sufrir; el miserable  
estado de la Plebe los vocea.  
Las Naciones extrañas, todo el Mundo  
que el Castellano Imperio considera,  
piden satisfacción. Yo, yo entre tantos,  
soy el que más que todos la desea.  
Pero ni yo, ni el Mundo, ni el Estado  
podremos aprobar que se cometa  
contra el honor de Alfonso un desafuero.  
¿Y cuál será la vil cobarde diestra  
que se atreva a esgrimir la injusta espada  
contra Raquel? ¿Será gloriosa empresa  
de un Castellano acero, cuyos filos  
fueron horror de huestes Agarenas,  
teñirse con la sangre desdichada  
de una infeliz mujer? ¿Será proeza?

ALVAR FÁÑEZ

¿Qué mudanzas son éstas? ¿Tú, Fernando,  
en este mismo instante no confiesas  
la justicia y razón que nos asiste?  
¿No eres tú quien dispone, quien ordena  
de este mal el remedio? ¿Para el hecho

tú mismo con tus voces no me alientas?  
¿Cómo, pues, ya te opones?

GARCÍA

Engañado  
enormemente estás, si acaso piensas,  
Alvar Fáñez, que puedo retraerme  
de este intento jamás. Vida y hacienda,  
tranquilidad y todos cuantos bienes  
tiene el humano ser, al punto diera  
por redimir a Alfonso y a Castilla.  
A esta plausible, a esta gloriosa empresa  
os animé; para esto con vosotros  
conspiró mi lealtad, mas con reserva  
del decoro del Rey, que es en los Nobles  
el cuidado primero.

ALVAR FÁÑEZ

¿Pues nos queda,  
para lograr el fin, otro recurso?  
¿Resta otro medio alguno?

GARCÍA

Sí, otros restan.  
Y cuando otros no hubiera, ¿quién haría  
uso del que decís, que leal fuera?

ALVAR FÁÑEZ

Quien vea que sus voces no se escuchan;  
que sus ruegos e instancias se desprecian,  
y que es su tolerancia y su silencio  
fomento del rigor y la soberbia.

GARCÍA

¿Y esa razón excusará el delito?

ALVAR FÁÑEZ

Quien culpe nuestra acción, también es fuerza  
confiese que con ella se redime  
de este Reino el baldón, del Rey la afrenta.

GARCÍA

¿Y esto no podrá hacerse sin que manche  
el Castellano nombre acción tan fea?

ALVAR FÁÑEZ

Cualquiera menos fuerte será inútil;  
tú, Fernando, tú tienes la experiencia.

GARCÍA

Clausuras hay, que roben a los ojos  
de Alfonso el fuerte hechizo que los ciega.

ALVAR FÁÑEZ

¿Y no habrá aduladores que descubran,  
mérito haciendo de la diligencia,  
el lugar donde esté, por más remoto  
que se procure? ¿La voraz hoguera  
de amor no deshará muros altivos,  
recios candados y robustas puertas?

GARCÍA

Países hay extraños y remotos  
en que Raquel sepulte su belleza.

ALVAR FÁÑEZ

Si a un amante vulgar nada contiene,  
¿qué habrá que a un Rey amante le contenga?

GARCÍA

El presidio, que entrando va en Toledo,  
pudiera acaso...

ALVAR FÁÑEZ

¿Así las tropas nuestras  
agravia, quien las vio obrar tantas veces?  
¿Son forzadas, venales o extranjeras?  
¿No son gente escogida en los concejos  
de Adaja, de Arlanzón y de Pisuerga?

GARCÍA

¿Qué en fin estáis resueltos, Castellanos?

CASTELLANO

Querernos contener es vana empresa.

GARCÍA

Pues, supuesto que estáis determinados  
y no es posible hacer os resistencia,  
sólo pretendo suspendáis la furia  
un breve espacio. Doble culpa fuera  
atreverse a Raquel, estando Alfonso

presente a sus ultrajes; ni pudiera  
vuestra intención acaso conseguirse  
si por ventura Alfonso a comprenderla  
llegase. Y pues que suele con el noble  
recreo de la caza partir treguas  
en la guerra de amor, esta oportuna  
ocasión esperad, porque con ella  
vuestra acción se asegure, y que de Alfonso  
menor sea el dolor, menor la ofensa.

ALVAR FÁÑEZ

Discurres bien, García; y porque notes  
que sólo el bien del Reino nos alienta,  
y de Alfonso el honor, suspenderemos  
por ahora el intento; mas se entienda  
que ha de morir Raquel precisamente.

CASTELLANO

Dispón cuanto juzgares que convenga,  
como a verter su sangre se dirija.

ALVAR FÁÑEZ

Sí, Castellanos; su maldad perezca.

(Vanse ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS.)

GARCÍA

¡Oh fiera multitud, cómo se engaña  
quien sobre ti tener arbitrio piensa!  
Mas, pues he suspendido sus enojos,  
aprovechemos la ocasión estrecha.  
Sepa Alfonso el peligro a que su ciego  
amoroso delirio tiene expuestas  
su autoridad y de Raquel la vida;  
que por ventura si a saberlo llega,  
de sí la apartará, por libertarla.  
De esta suerte Castilla se sosiega;  
de Alfonso no padece el real decoro;  
su vida esta infeliz también conserva,  
que aunque tan ofendido y agraviado  
me tiene, esto le debo a mi nobleza.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE

Mucho siento, García, haber de darte

un disgusto y pesar.

GARCÍA

¡Qué necio fuera  
quien esperara menos que pesares  
en tan infames días, en que reina  
la iniquidad, y están entronizadas  
la maldad, la injusticia y la violencia!  
Di, Manrique, cuál es: nada me asusta;  
nada me admira ya.

MANRIQUE

Raquel ordena  
salgas hoy de Toledo desterrado.

GARCÍA

¿Desterrado? ¿Y por qué?

MANRIQUE

Porque fomentas  
sediciones contra ella, y...

GARCÍA

Sella el labio,  
porque me irrita más que tú te atrevas  
a proferir calumnias semejantes,  
que el proceder injusto de esa Hebrea.  
¿Yo muevo sediciones? Vive el Cielo  
que miente quien lo dice y quien lo piensa  
¿Qué hubiera sido de la infame sangre  
de esa mujer, si yo leal no hubiera  
contenido los ánimos feroces  
que ya volaban a saciarse de ella?  
¿Quién es, quién de su vida ha sido escudo?  
¿Y quién acaba de...? ¡Pero qué necias  
satisfacciones! Di a Raquel que Hernando  
dice que tiene Rey a quien venera;  
que sólo sus preceptos obedece;  
que los demás los oye y los desprecia;  
y que no es de la clase desdichada  
de aquellos que por medio de vilezas  
pretenden sus aumentos, como hace  
alguno, de su crédito con mengua.  
Y dila que si juzga que en Toledo  
incomodarla puede mi asistencia,  
está muy engañada: que entre tanto

que ella su perdición busca y fomenta,  
busco yo modos de librar su vida  
de los continuos riesgos que la cercan;  
que vele sobre sí, pues de contrarios  
poderosos la cólera resuelta  
contra su vida se arma nuevamente.  
Débame esa cruel esta advertencia:  
corresponda a un agravio un beneficio,  
que así, Manrique, Hernán García se venga.

MANRIQUE

Mi obligación, Hernando...

GARCÍA

La de un Noble,  
y la de un Castellano fiel debieras  
mirar mejor.

MANRIQUE

Los Laras de leales  
siempre fueron espejo.

GARCÍA

Bien lo prueba  
el haber entregado a Alfonso en Soria  
de su tirano tío a la tutela.  
Nuño Almejía, que supo rescatarle,  
dirá vuestros elogios.

MANRIQUE

Fue violencia.

GARCÍA

Conveniencia dirías propiamente;  
pues os valió del Reino las tenencias.

MANRIQUE

Siempre Laras y Castros se estimaron.

GARCÍA

Mi padre lo diría, si viviera,  
de quien, porque en la vida no pudisteis,  
la venganza tomasteis en la huesa.

MANRIQUE

Pero yo de vos siempre...

GARCÍA

El enemigo  
habéis sido; ya sé vuestras cautelas;  
ya sé cuánto me honráis; ya lo comprendo;  
y supuesto que el Rey aquí se acerca  
con Raquel, repetid vuestros oficios,  
reiterad sumisiones e indecencias,  
obsequios afectad interesados,  
mientras yo espero a Alfonso, donde pueda  
darle avisos que más a mi honor cuadren,  
que liberten su Solio de una ofensa,  
que sosieguen disturbios y alborotos,  
que ésta es mi lealtad, ésa es la vuestra. (Vase.)

MANRIQUE

Corrido estoy.

(Salen ALFONSO, RAQUEL, RUBÉN y acompañamiento.)

RAQUEL

(Llorando.) ¿En fin, determinado  
estáis, Señor, a hacer más placenteras  
las orillas del Tajo con pisarlas,  
en medio de los sustos que me cercan?

ALFONSO

Sí, Raquel. ¿Mas tú lloras? ¿Tú suspiras?  
¿Qué temes, Raquel mía? ¿Qué recelas?  
¿No mandas ya en Castilla? ¿No se rigen  
a tu arbitrio mis reinos? ¿Ya tu diestra  
no es el móvil de todo? ¿En mis dominios  
no te obedecen todos y respetan?  
¿No tienes ya poder para vengarte,  
si hay alguno tan necio que te ofenda?  
¿No reinas como siempre en mi albedrío?  
¿Tus órdenes Toledo no venera?,  
Y en fin, no eres del todo el absoluto  
dueño?

RAQUEL

Sí, Alfonso; y sólo así pudiera  
contemplarse de vos menos indigna  
mi humildad. Hoy, Señor, veréis que acierta  
amor en la elección que de mí hace,  
y que no siempre son sus obras ciegas.

ALFONSO

Sí, Raquel mía: amor te ha coronado.  
Y porque tengas desde luego pruebas  
de la estabilidad de tu gobierno,  
y cuán segura estás aún en mi ausencia,  
al placer ordinario de la caza  
intento no negarme. Nuevas fuerzas  
a las Guardias se aumenten de Palacio  
a mayor prevención. Así desecha,  
Raquel hermosa, esos recelos vanos,  
que te causan pesar. Contigo queda  
el alma, que te adora; y pues me brindan  
del Tajo ya las plácidas riberas,  
adiós, bella Raquel.

(Vase ALFONSO con el acompañamiento.)

RAQUEL

El Cielo os guarde.  
¡Cuánto, ay de mí, que os ausentéis me pesa!  
¿Qué es esto, congojado pecho mío?  
¿Corazón, qué temor te desalienta?  
¿Qué sustos te atribulan? ¿Ya Castilla  
a mi arbitrio no rinde la obediencia?  
Pues, corazón, ¿qué graves sobresaltos  
son los que te combaten y te aquejan?  
Sin duda debe ser que como el Cielo  
no te crió para tan alta esfera,  
como es el Solio regio, mal se halla  
tu natural humilde en su grandeza.  
Tomen ejemplo en mí los ambiciosos,  
y en mis temores el soberbio advierta  
que quien se eleva sobre su fortuna,  
por su desdicha y por su mal se eleva.  
¿Mas cómo así me agravio neciamente?  
¿Mi valor, mi hermosura, las estrellas,  
el Cielo mismo, que dotó mi alma  
de tan noble ambición, y la fomenta,  
no confirman mi mérito? ¿Pues cómo  
me puedo persuadir que exceso sea  
de la suerte el supremo, el alto grado,  
en que está colocada mi belleza?  
El frívolo accidente del origen,  
que tan injustamente diferencia  
al noble del plebeyo, ¿no es un vano

pretexto, que la mísera caterva  
de espíritus mezquinos valer hace  
contra las almas grandes, que en las prendas  
con que las ilustró pródigamente  
el Cielo, las distingue y privilegia?  
No hay calidad sino el merecimiento:  
la virtud solamente es la nobleza.  
(Sentándose.)  
Esto supuesto, ¿habéis, Rubén, mandado  
disponer mis Decretos?

RUBÉN

Ya la Hebrea  
Nación por mí las gracias te tributa  
por lo mucho, Raquel, que te interesas  
en su alivio. Los pechos que pagaba,  
los servicios, las cargas y gabelas  
están ya suspendidas, y dispuesto  
el reintegro también de todas ellas  
a costa del Erario, como mandas;  
y porque éste tampoco así padezca,  
al Pueblo Castellano se duplican  
los impuestos.

RAQUEL

¿Razón acaso fuera  
que cuando de este Reino los Vasallos  
en riquezas abundan y en haciendas,  
repartiesen con pobres extranjeros,  
cuya industria y trabajo son sus rentas,  
las cargas del Estado? Fuera injusta  
política.

RUBÉN

También, según ordenas,  
el bando se ha dispuesto que prohíbe  
que dentro de Toledo nadie pueda  
armas traer sin el real permiso;  
y aunque con la noticia descontenta  
está la gente ardiente y belicosa  
viéndose desarmar, que efecto tenga  
el mandato a su tiempo, no lo dudes.

RAQUEL

Así se humillará tanta soberbia.

RUBÉN

Las cabezas del público alboroto  
se buscan, pues se sabe con certeza  
que no le fomentó Fernán García,  
para que se haga un escarmiento en ellas.

RAQUEL

Está bien; mas de Hernando las audacias  
se deben castigar.

RUBÉN

Ya le destierras.

MANRIQUE

Y yo, Raquel, que le he notificado  
el orden, soy testigo de la fiera  
altivez con que a ti y a tus decretos  
vilipendió.

RAQUEL

(Levantándose.)

Pues luego se le prenda;  
como a reo de Estado se le trate,  
y probada su torpe inobediencia,  
hoy le vea Toledo en un cadalso,  
donde a un verdugo rinda la cabeza.

RUBÉN

Corto castigo a tanta demasía.  
Aqueso sí, Raquel: todo perezca  
cuanto a tu elevación contradijere,  
cuanto pueda oponerse a tu grandeza.  
Haz que Castilla sienta tus rigores;  
de sangre criminal las calles riega;  
no quede, Castellano sospechoso  
que no adore tu planta o que no muera.

RAQUEL

¡Cómo adulan mi oído esas palabras!  
¡Cómo, Rubén...!

CASTELLANOS

(Dentro.)

Sin nota de vileza  
ya sufrir más la lealtad no puede.

RAQUEL

Rubén, ¿qué nueva confusión es ésta?

GARCÍA

(Dentro.)

Reportaos, Castellanos: no desdore  
vuestra fama y renombre acción tan fea.

CASTELLANOS

(Dentro.)

Es tiranía, ya sufrir no puedo  
la lealtad sin nota de vileza.

MANRIQUE

Voces del Pueblo son alborotado.

RAQUEL

¿Del Pueblo? ¿Qué pretende?

RUBÉN

Acaso intenta

demostrar con su pública alegría  
que en tus elevaciones se interesa.

(¡Cuánta fuerza me hago al pronunciarlo!  
Mucho temes, Rubén, mucho recelas.)

RAQUEL

¡Ah de la Guardia! ¿Pero qué es aquesto?  
¿Nadie me oye? ¡Ay de mí! ¿Todos me dejan?  
Examina la causa de este exceso,  
Manrique.

MANRIQUE

Al Rey con la mayor presteza  
buscaré; que sabiendo tanto insulto  
volará a remediarle. (Vase.)

RAQUEL

Ya más cerca  
el rumor se oye.

CASTELLANOS

(Dentro.)

Ya sufrir no puede  
la lealtad sin nota de vileza.

RUBÉN

¡Ay de mí!, ¿qué es aquesto? El pueblo todo  
segunda vez se arma en nuestra ofensa.  
¿Dónde me esconderé que el riesgo evite?

RAQUEL

¡Ay de mí triste! ¿Qué desdicha es ésta?  
¿Qué es aquesto, Rubén? ¿No has escuchado?

RUBÉN

Estas son las funestas consecuencias,  
que por más que esforzaba el artificio,  
temí de mi ambición y tu soberbia.  
Del extremo peligro en que nos vemos,  
ella ha sido la causa; considera  
el triste fin que las maldades tienen,  
y huye de tanto riesgo como puedas.  
No pongas más en mí la confianza;  
que no valen ya astucias ni cautelas. (Vase.)

RAQUEL

¡Oh caduco traidor! ¡Qué tarde llego  
a conocerte! Tus inicuas reglas,  
tus consejos mi mal han producido.  
¿Y ahora de mí huyes y me dejas?  
Mas ¡ay de mí! ¡Oh Alfonso descuidado,  
con cuán justa razón lloré tu ausencia!  
¿Qué haré? Dame remedio, ingenio mío.  
Mas ¡ay! que la atrevida voz sangrienta  
entre quejas me intima mi desgracia,  
diciendo que el sufrir es ya vileza.  
Ya el tirano cuchillo, que el airado  
brazo contra mí esgrime, me amedrenta;  
y ya parece que en copiosas fuentes  
el humor se desata de mis venas.  
¡Qué horrorosa es la imagen de la Parca  
a un alma enamorada! ¡Oh, quién pudiera  
revocar con el aire de un suspiro  
a Alfonso! Pero ya que se decreta  
mi muerte, el contemplar que es por amarle,  
menor hace el dolor, menor la pena.  
Y vosotros, ministros injuriosos  
de la ferocidad y la inclemencia,  
llegad apresurados. ¿Qué os detiene?  
Dad la muerte a Raquel, que ya la espera.

(Sale GARCÍA.)

GARCÍA

La vida vengo a darte, no la muerte;  
aunque no fuera extraño lo temieras,  
cuando ofendes mi honor con tanto ultraje.  
El Pueblo (ya lo escuchas) la sentencia  
fulmina contra ti, y en mil espadas  
te amenaza la muerte; su fiereza  
ni atiende mi valor ni mi respeto.  
La misma guarnición, que en tu defensa  
ha llegado, común hace la causa.  
Tomadas están ya todas las puertas  
para lograr su intento. Yo, que a Alfonso  
venero con la fe más verdadera,  
que cuido del honor de su corona  
y sólo su servicio me desvela,  
cuando todos tu muerte solicitan,  
guardo tu vida; mi lealtad atenta,  
al salir a la caza, le esperaba  
para avisarle de la torpe y fiera  
resolución del pueblo; mas él, ciego,  
por adular tu indignación proterva,  
no sólo no me oyó, pero ni quiso  
admitirme siquiera a su presencia.  
Y aunque pudo el desaire retraerme  
de mi designio, válgate el ser prenda  
de mi Rey y Señor, el ser yo noble,  
el ser leal Vasallo: mis querellas  
personales pospongo a su decoro;  
que esto manda el honor y la nobleza.

RAQUEL

¿Cómo, aleve traidor...?

GARCÍA

Raquel, no es tiempo  
ni de satisfacciones ni de quejas.  
Yo soy leal; jamás tu muerte quise,  
y si lo quieres ver, tienes la prueba.  
Resuélvete, Raquel: a esos jardines  
de la Torre vecina da una puerta  
que el no uso tiene ya casi olvidada.  
Criados y caballos que me esperan,  
prevenidos están; el inminente  
riesgo salvemos; demos así treguas

a que volviendo Alfonso, se remedie  
tan grave mal.

RAQUEL

Ya alcanzo tus cautelas.

¿Quieres valerte tú de ese artificio  
para hacer tu venganza más secreta?

GARCÍA

Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

RAQUEL

Muera yo, como nada a ti te deba.

GARCÍA

Advierte que tu muerte es ya precisa.

RAQUEL

Si te creyese, más precisa fuera.

GARCÍA

¿Qué, en fin, quieres perderte?

RAQUEL

No te escucho.

GARCÍA

¿No me quieres seguir?

RAQUEL

Estoy resuelta.

GARCÍA

Así mueres sin duda.

RAQUEL

¿Y si te sigo,  
será acaso mi muerte menos cierta?

GARCÍA

Pues si hubiera artificio en mis palabras,  
y aspirara a vengarme, ¿no lo hiciera  
impunemente por ajena mano  
en tanta confusión?

RAQUEL

En vano empleas  
razones que no pueden persuadirme;  
si falsas, porque es bien guardarme de ellas;  
y si son verdaderas, porque el hecho  
me llena de rubor y de vergüenza. (Vase.)

GARCÍA

¡Válgame Dios, cómo permite el cielo  
que los malos se cieguen, cuando intenta  
castigar sus delitos y maldades!  
¿Pero qué podré hacer? Ya la violencia  
penetra hasta este sitio.

(ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS, con las espadas desnudas.)

ALVAR FÁÑEZ

Castellanos,  
muera aquesta tirana.

CASTELLANOS

Muera, muera.

GARCÍA

Bárbaros, cuyo insulto a sacrilegio  
pasa ya: ¿qué furor os atropella?  
¿no contiene ese Solio vuestras iras?  
¿Del lugar lo sagrado no os refrena?  
¿Sois Castellanos? ¿Sois...?

CASTELLANO

Porque lo somos,  
de este lugar vengamos las ofensas.

ALVAR FÁÑEZ

Y porque nos preciamos de leales,  
borrar queremos las indignas huellas  
que le profanan, con la sangre misma  
del sujeto que obró la irreverencia.  
Ea, pues, Castellanos, examine  
nuestro cuidado hasta las más secretas  
Cámaras de este Alcázar; y tú, Hernando,  
no hagas a nuestro intento resistencia,  
pues tu valor expones a un desaire  
y tu fidelidad a una sospecha. (Vase.)

GARCÍA

¡Oh ilusión temeraria! En el delito  
cifráis la lealtad. ¡Oh, quién pudiera  
contener el exceso! Mas si a Alfonso  
corro a avisar, Raquel expuesta queda;  
si en su defensa expongo yo mi vida,  
¿podré lograr acaso con perderla  
librar la suya? ¡Oh extremos infelices!  
¿Si acaso, viendo el riesgo, se aprovecha  
de mi aviso Raquel? Hacia el postigo  
parto veloz con intención resuelta  
de libertarla, aunque mi vida arriesgue.  
Pero Rubén...

(Sale RUBÉN huyendo.)

RUBÉN

¡Oh horror!, ¡oh muerte!, ¡oh tierra!  
¿cómo a este desdichado no sepultas?  
Tus profundas entrañas manifiesta,  
y esconde en ellas mi cansada vida:  
líbrame de los riesgos que me cercan.  
¡Qué susto!, ¡qué pesar! ¿Nadie se duele  
de mí?

GARCÍA

(Sacando la espada.)  
Sí, infame.

RUBÉN

Tu rigor modera;  
ten, Fernando, piedad; no me des muerte.

GARCÍA

Vil consejero, horrible monstruo, fiera  
cuyo aliento mortal inspiró tantas  
máximas detestables a esa Hebrea,  
que por fin su desdicha han producido,  
y la tuya también; aunque merezcas  
bien la muerte crüel que estás temiendo,  
sabe que aqueste acero en tu defensa  
arma mi brazo.

RUBÉN

Cielos, ¿qué he escuchado?

GARCÍA

Y que a Raquel, si el Cielo no lo niega,  
he de librar a costa de mi vida.  
No por ti, infame Hebreo; no por ella:  
por ser leal, por ser García de Castro,  
y porque el mundo por mis hechos vea  
que el noble, noblemente ha de vengarse;  
y que cuando del Rey el honor media,  
a su decoro deben posponerse  
propios agravios y privadas quejas. (Vase.)

RUBÉN

¡Oh palabras terribles! ¡Cuánto engaño  
padece aquel que juzga de apariencias!  
¡Quién tal creyera de su altanería!  
Mas ¡ay de mí!; la débil planta apenas  
puedo fijar. ¡Qué sustos, qué congojas  
me oprimen! ¡Oh ambición, cuánto acarreas  
de males al que necio te da entrada!  
Ya sin duda a Raquel la furia ciega  
habrá dado la muerte; ya la mía  
se apresura, ¡ay de mí! ¿Pero no es ésta?  
¿No es Raquel la que huyendo hacia aquí viene?  
¡Oh, si evitar pudiese que me viera!

(Retírase detrás del Solio. Sale RAQUEL.)

RAQUEL

¡Oh mujer desdichada! A cada paso  
el corazón desmaya, el pie tropieza.  
¡Oh peligro!, ¡oh dolor! De mil espadas  
huyendo vengo; ni en la fuga acierta  
mi confusión; el miedo me deslumbra.  
Ya el tropel se avecina; ya no queda  
refugio a mi temor. Lugar sagrado (Al Solio.)  
cuya ambición es causa de estas penas,  
sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis  
teatro de mi orgullo y mi soberbia:  
encubridme a lo menos... Mas ¿qué miro?  
¡Tú aquí, Rubén!, ¡tú, infame!; ya no espera  
remedio mi desdicha, pues no pueden,  
donde esté tu maldad, faltar tragedias.  
Ya ves cómo se lucen tus doctrinas,  
maestro infame, que en tu torpe escuela  
el arte me enseñaste de perderme.  
Castellanos, volad; nada os detenga;  
aquí a Raquel tenéis, que ya gustosa

morirá, si Rubén muere con ella.

RUBÉN

¿Cómo, Raquel?... Si el cielo... Mas ¿qué escucho?

ALVAR FÁÑEZ

(Dentro.)

Entrad, no os detengáis; romped las puertas,  
si estorbasen la entrada.

RAQUEL

¡Ay de mí triste!,  
¡qué confusión!, ¡qué susto!

(Salen ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS, con las espadas desnudas.)

CASTELLANOS

¡Muera, muera!

RAQUEL

Traidores... Mas ¿qué digo? Castellanos,  
Nobleza de este Reino, ¿así la diestra  
armáis con tanto oprobio de la fama  
contra mi vida? ¿Tan cobarde empresa  
no os da rubor y empacho? ¿Los ardores  
a domar enseñados la soberbia  
de bárbaras escuadras de Africanos,  
contra un aliento femenil se emplean?  
¿Presumís hallar gloria en un delito,  
y delito de tal naturaleza  
que complica las torpes circunstancias  
de audacia, de impiedad y de infidencia?  
¿A una mujer acometéis armados?  
¿El hecho, la ocasión, no os avergüenza?  
¿Será blasón, cuando el Alarbe ocupa  
con descrédito vuestro las fronteras,  
convertir los aceros a la muerte  
de una flaca mujer, que vive apenas?  
¿Qué causa a tal maldad os precipita?  
¿Qué crueldad, qué rigor, qué furia es ésta?

ALVAR FÁÑEZ

El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,  
y tu misma maldad hacen no veas  
las causas, los principios de este enojo;  
bien lo sabes, Raquel; bien lo penetras,

y bien tu disimulo nos confirma  
la justicia y razón que nos alienta.

RAQUEL

¿Pues mi delito es más que ser amada  
de Alfonso?, ¿que pagar yo su fineza?  
¿En cuál de estas dos cosas os ofendo?  
¿Está en mi arbitrio hacer que no me quiera?  
Si el Cielo, si la fuerza de los astros  
le inclinan a mi amor, ¿en su influencia  
debo culpada ser? ¿Puede el humano  
albedrío mandar en las estrellas?  
Mas ya sé que diréis que mi delito  
es el corresponderle. Cuando intenta  
la malicia triunfar, ¡oh, cómo abulta  
frívolas causas, vanas apariencias!  
¿Pude dejar de amarle siendo amada?  
Si un Rey con sólo su precepto fuerza,  
a su imperio juntando las caricias,  
su amor, su halago, las heroicas prendas  
que le hacen adorable, ¿bastaría  
algún esfuerzo a hacerle resistencia?  
Juzgad con más acuerdo, oh, Castellanos;  
ved que el enojo la razón os ciega;  
remitid esta causa a más examen;  
atended...

ALVAR FÁÑEZ

Ya está dada la sentencia.

RAQUEL

Mirad que es la pasión quien la fulmina.

ALVAR FÁÑEZ

No, tirana: tu culpa te condena

RAQUEL

¿Que en fin he de morir? Aqueste llanto...

ALVAR FÁÑEZ

No nos mueve, Raquel; no tiene fuerza.

RAQUEL

¿Lo negro de la acción no os horroriza?

ALVAR FÁÑEZ

Si de la Patria el bien se cifra en ella,  
timbre la juzgarán, y si de Alfonso  
el honor restauramos, es proeza.

RAQUEL

¿Y su honor restauráis, cuando atrevidos  
muerte le dais? ¿Sabéis que se aposenta  
su alma con la mía?, ¿que es mi pecho  
de su imagen altar?, ¿que de las fieras  
puntas que penetraren mis entrañas,  
es fuerza que el dolor las suyas sientan?  
¿No veis que él morirá si yo muriere?

ALVAR FÁÑEZ

El rayo del furor la torpe hiedra  
abrasará, sin que padezca el tronco  
que ella aprisiona con lascivas vueltas.

RAQUEL

¿El amarle llamáis...?

ALVAR FÁÑEZ

Amor te mata;  
si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

RAQUEL

No, traidores; no, alevos; no, cobardes;  
y si porque amo a Alfonso me sentencia  
vuestra barbaridad, no me arrepiento;  
nada vuestros rigores me amedrentan.  
Yo amo a Alfonso, y primero que le olvide,  
primero que en mi pecho descaezca  
aquel intenso amor con que le quise,  
no digo yo una vida, mil quisiera  
tener, para poder sacrificarlas  
a mi amor. ¿Qué dudáis? Mi sangre vierta  
vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco  
tan voluntariamente, abrid mil puertas;  
que no cabrá por menos tanta llama,  
tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

RUBÉN

(Sacando el puñal.)  
A lo menos Rubén sin defenderse  
no ha de morir.

ALVAR FÁÑEZ

Matadlos. Mas no sea  
nuestro acero infamado con su sangre.  
Este Hebreo que el Cielo aquí presenta,  
ha de ser, Castellanos, su verdugo.  
Tú, Rubén, si salvar la vida intentas,  
pues consejero fuiste de sus culpas,  
ahora ejecutor sé de su pena.

RAQUEL

¡Oh, cielos, qué linaje de tormento  
tan atroz!

RUBÉN

¡Yo...!

ALVAR FÁÑEZ

Rubén, no te detengas,  
(Poniéndole la espada al pecho.)  
si pretendes vivir.

RUBÉN

Pues si no hay medio,  
consérvese yo mi vida, y Raquel muera.  
(Hiérela.)

RAQUEL

¡Ay de mí!

ALVAR FÁÑEZ

Pues está ya herida, huyamos.

(Vanse ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS.)

RAQUEL

¿Tú me hieres, Rubén? ¿Tú? ¿Satisfecha  
no estaba tu maldad con haber sido  
la causa de perderme -¡dura pena!-  
sino que eres, infame, el instrumento  
de mi muerte también? Mas no es tu diestra,  
Hebreo vil, la que me da la herida:  
amor me da la muerte. ¡Qué torpeza  
mis miembros liga! ¿Amado Alfonso mío,  
dónde estás? ¿Qué descuido así te aleja?  
¿Así morir consientes a quien amas?  
¿En tanto mal a quien te adora dejas?

Vuela, Alfonso, ¡ay de mí! ¡Oh amor! ¡Oh muerte!  
(Apoyándose en la silla.)  
Y tú, oh Trono, que causas mi tragedia,  
ayuda a sostener el cuerpo débil,  
que el alma desampara; Alfonso, vuela,  
y recibe este aliento, que el postrero  
es de mi vida. ¡Ay Dios! ¡Qué mal se esfuerza  
el corazón! Alfonso... amado Alfonso...  
¿Qué te detiene? ¿Cómo a ver no llegas...?

(Cayendo al pie de la silla. Salen ALFONSO y MANRIQUE, escuchando.)

ALFONSO

Cierta es ya mi desdicha. Mas ¿qué veo?  
(Precipitado hacia RAQUEL.)  
¡Raquel! ¡Ay infeliz! ¡Raquel! ¿Tú muerta?

RAQUEL

Sí; yo muero; tu amor es mi delito;  
la plebe, quien le juzga y le condena.  
Sólo Hernando es leal; Rubén, ¡qué ansia!,  
me mata. Y yo por ti muero contenta.

ALFONSO

¡Ay infeliz de mí! ¡Oh amor! ¡Oh golpe  
duro y mortal! ¡Oh mano infame y fiera!  
Raquel mía, mi bien, ¿quién de esta suerte  
de púrpura tiñó las azucenas?  
¿Cuál fue el aleve, cuál el fiero brazo  
que la flor arrancó de tu belleza?  
¿Qué tempestad furiosa descompuso  
tu lozanía? ¿Qué envidiosa niebla  
abrasó los verdores de tu vida?  
¿Qué venenoso aliento, qué grosera  
planta infame ultrajó tus perfecciones?  
¿Quién el cobarde fue que en tu inocencia  
ensangrentó el acero? Dueño amado,  
mi Raquel, ¿no me oyes? ¿Tú te niegas  
a Alfonso? Dadme muerte, penas más.  
Contigo glorias los pesares eran,  
y sin ti ya, ¿qué puedo prometerme  
que no sea dolor, pesar no sea?  
¿Mas muerta tú, yo vivo y no te vengo?  
¿Qué es aquesto, dolor? ¿Qué es esto, ofensas?  
¿Pero no dices tú: Rubén me mata?  
¿Cuál el motivo fue? Pero qué necias

mis dudas son, Raquel. ¿Tú no le acusas?  
Pues muera este traidor y con él mueran  
cuantos... Mas, ¡cielos... Oh cruel! ¿alarde  
(Reparando en RUBÉN.)  
haciendo estás de tu delito?

RUBÉN  
Templa  
el furor un momento, mientras digo,  
Alfonso, mi disculpa.

ALFONSO  
¿Puede haberla,  
traidor, para una acción tan horrorosa?

RUBÉN  
De tus mismos Vasallos la violencia,  
el temor de la muerte y su amenaza  
me han obligado a hacerlo.

ALFONSO  
¡Oh vil empresa!  
(Tómale el puñal.)  
¿Y ésa es disculpa? Amado dueño mío,  
en venganza recibe de tu ofensa. Hiérole  
la vida de este aleve por primicias  
de otras muchas. Las lóbregas tinieblas  
del infierno sepulten tus maldades.

RUBÉN  
(Cayendo.)  
Quien con ellas vivió, muera por ellas.

(Sale GARCÍA.)

GARCÍA  
Alfonso... ¿Pero qué es lo que estoy viendo?

ALFONSO  
La más infame hazaña, la más fea,  
la maldad más oscura y detestable.  
Muerta ves a Raquel a la violenta  
furia de mis vasallos.

GARCÍA  
¡Qué desdicha!

Yo, Alfonso...

ALFONSO

Tu lealtad y tu nobleza  
sé ya, Hernando: Raquel la ha publicado.

MANRIQUE

Sí, García: muriendo la confiesa.

ALFONSO

Más al Cielo protesto, que es testigo  
de acción tan inhumana y tan sangrienta,  
a los hombres, que el hecho escandaliza,  
al mundo, que le culpa y le detesta,  
a la fidelidad de los leales,  
a mí mismo, a este Trono, cuyas regias  
prerrogativas se hallan ultrajadas,  
y a ti, oh Raquel, que con tu sangre riegas  
de este lugar el trágico distrito,  
la más atroz venganza, porque vean  
los que tengan noticia de la injuria,  
que si hubo quien osase cometerla,  
también hubo quien supo castigarla.  
Venganza, amor: quien te ha ofendido muera.

(Salen ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS.)

ALVAR FÁÑEZ

(De rodillas.)

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes  
satisfacción tomar de esta que ofensa  
acaso juzgarás y por servicio  
reputamos nosotros, las cabezas  
a tus pies ofrecemos, que no importa  
morir cuando tu honor vengado queda.

ALFONSO

(Poniendo mano a la espada.)

¿Cómo, traidores? ¿Cómo, desleales...?

GARCÍA

(Deteniéndole.) Señor, si con vos tiene alguna fuerza  
mi ruego, reprimid vuestros enojos;  
a la justicia remitid la queja.  
Mirad, Señor, que el Cielo los disculpa.

ALFONSO

Tienes razón, que el santo Cielo ordena,  
por más atroz que sea su delito,  
que quien le cometió, disculpa tenga.  
Yo tu muerte he causado, Raquel mía;  
mi ceguedad te mata; y pues es ella  
la culpada, con lágrimas de sangre  
lloraré yo mi culpa y tu tragedia.  
Yo os perdono, Vasallos, el agravio:  
alzad del suelo, alzad. Sírvaos de pena  
contemplar lo horroroso de la hazaña  
que emprendisteis en esta beldad muerta.

TODOS

Confusión y dolor causa su vista.

GARCÍA

Escarmiente en su ejemplo la soberbia:  
pues cuando el cielo quiere castigarla,  
no hay fueros, no hay poder que la defiendan.

FIN